

Luz a través del color
María de la Luz Arias Parada

Gramática parda
Carlos Román García

Los muchos libros
Gustavo Ángel Alfaro Hernández

Tecnología, vocación y propósito
Daniela Mena Dávila

Revista semestral - año 3, núm. 1, vol. 5 - 2026

reencuentros

Órgano de difusión del Centro Universitario de Información y Documentación de la Universidad Autónoma de Ciencias y Artes de Chiapas

¿Qué es leer en tiempos de crisis?

Felipe Reyes Escutia

A cien años de la primera captura auténtica de jazz

Luis Enrique Navarro

Ayú

Héctor Cortés Mandujano

Mi experiencia en la Licenciatura en Jazz y Música Popular

Helly Alcalá Pacheco

El simulacro ilustrado: IA, pensamiento crítico y conectividad precaria en las universidades —las nuestras—

Bulmaro Ruiz Narcia

José María Melo y Ortiz en Chiapas

Tania Corzo Hernández

Arrupe

Amín Míceli Ruiz

Rogelio Magaña: un joven prodigio chiapaneco

David Smith

Contenido

05

Luis Enrique Navarro

A cien años de la primera captura auténtica de jazz

07

Héctor Cortés Mandujano

Ayz

09

Felipe Reyes Escutia

¿Qué es leer en tiempos crisis?

11

Helly Alcalá Pacheco

Mi experiencia en la Licenciatura en Jazz y Música Popular

14

Bulmaro Ruiz Narcia

El simulacro ilustrado: IA, pensamiento crítico y conectividad precaria en las universidades —las nuestras—

20

Tania Corzo Hernández

José María Melo y Ortiz en Chiapas

25

Amín Miceli Ruiz

Arrupe

31

David Smith

Rogelio Magaña: un joven prodigio chiapaneco

34

María de la Luz Arias Parada

Luz a través del color

38

Carlos Román García

Gramática parda

44

Gustavo Ángel Alfaro Hernández

Los muchos libros

46

Daniela Mena Dávila

Tecnología, vocación y propósito

REENCUENTROS

Órgano de difusión del Centro Universitario de Información y Documentación de la Universidad Autónoma de Ciencias y Artes de Chiapas.

UNICACH

Rectora

Juana de Dios López Jiménez

Secretaria General

Hugo Armando Aguilar Aguilar

Secretario Académico

Enrique Pérez López

Director del CUID

Luis Felipe Martínez Gordillo

REENCUENTROS

Editor General

Luis Felipe Martínez Gordillo

Editora Ejecutiva

Maricruz Aguilar García

Diseño Editorial

Carlos Eduardo Pacheco Guía

Consejo Editorial CUID

Luis Felipe Martínez Gordillo

Fátima Dávila Galdámez

Mario Toledo Peña

Jorge Ramírez Marín

Maricruz Aguilar García

Imagen de portada y contraportada:
Fragmentos de imágenes del mural "La música y el jazz: color y sonido", ubicado en el edificio de jazz y música popular de la Facultad de Música UNICACH. Trabajo colectivo de titulación por: Alejandra Elizabeth Santiz Salas, Jorgen Darinel Velázquez Vicente, Alejandra Madrazo López y Robely Ernesto Gómez López. Dirección de tesis: Ninfa Torres Lagunes y Robie Espinoza Gutiérrez. Año 2016.

Reencuentros, año 3, núm. 1 vol. 5, junio 2026, es una publicación semestral del Centro Universitario de Información y Documentación de la UNICACH, con domicilio en Libramiento Norte Poniente No. 1150, Colonia Lajas Maciel, C.P. 29039 de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Reencuentros, no paga ni cobra por ninguna de las tareas académico-editoriales que realice o se lleven a cabo a través de ella.

La publicación se apega al movimiento de acceso abierto, poniendo a disposición del público todos sus contenidos de manera libre.

La publicación permite a otros distribuir, retocar y crear a partir de las obras de modo no comercial, siempre y cuando se le den sus respectivos créditos.

El contenido de los artículos son única y exclusivamente responsabilidad del autor.



EDITORIAL

De nuevo nos congratulamos con esta vinculación universitaria a través del quinto número de la revista *Reencuentros*. Nos alegra saber que hemos aumentado el número de lectores y generado interés de participación tanto de la comunidad universitaria, como de colaboradores externos que, de una u otra manera, mantienen un vínculo inquebrantable con la Universidad.

El reto no ha sido fácil en estos tiempos en que abundan las fuentes de información, accesibles para todos, pero con contenidos que implican riesgos por su inmediatez y porque cualquiera puede publicar sin contrastar datos con fuentes oficiales o bien, verificar mediante herramientas especializadas que permitan evitar la desinformación.

Por ello, apostamos por un consumo consciente y ético de la información, donde los recursos tecnológicos resulten esenciales para visibilizar el simulacro ilustrado, como lo analiza Bulmaro Ruiz, quien revela, desde una mirada crítica, la responsabilidad moral que todos tenemos en los distintos ámbitos educativos. A esta visión se suma Felipe Reyes, quien nos invita al autoanálisis sobre qué es leer, otorgando un verdadero sentido a la interpretación y al papel de la lectura. Cierran este cuarteto de académicos dos investigadores de la Licenciatura en Jazz y Música Popular: David Smith, quien da a conocer la trayectoria de un joven prodigio chiapaneco, y Luis Navarro quien nos anima a discernir sobre el primer centenario de lo que, a su parecer, es la primera captura auténtica de jazz del siglo XX.

Nos acompañan también cuatro importantes y oficiosos escritores: Amín Miceli, Carlos Román, Héctor Cortés y Tania Corzo. El primero presenta un cuento con un potente mensaje de valentía; el segundo comparte, a través de un relato autobiográfico, su interesante bagaje cultural como autodidacta; el tercero nos invita a leer, releer y buscar el significado de términos poco comunes, entrelazados en una narrativa provocadora; y Tania Corzo, quien ha profundizado en la vida del General José María Melo y Ortiz, nos permite conocer de manera más íntima su paso por Chiapas.

Finalmente, cuatro universitarios comparten sus experiencias en este número: Helly Alcalá y Luz Arias narran su estancia en España como resultado del intercambio académico que promueve la universidad a través de la Coordinación de Relaciones Interinstitucionales e internacionalización; Daniela Mena relata cómo inició y logró consolidarse en el emprendimiento mediante su método educativo digital; por último, Gustavo Ángel comparte su aventura entre los libros de “segunda mano”, y nos invita a reflexionar sobre cómo, ante las vicisitudes de la vida, refugiarse en un libro puede ser una gran elección.

Esperamos que los textos reunidos en este quinto número de *Reencuentros*, propicien nuevas lecturas, cuestionamientos y perspectivas; y las ideas encuentren cauces para el diálogo y construcción de nuevos conocimientos.

A cien años de la primera captura auténtica de jazz:

El genio e influencia de Morton en la nueva música del siglo XX

Luis Enrique | Navarro

Maestro de contrabajo en el PE de Jazz y Música Popular de la FAM-UNICACH

El próximo martes 15 de septiembre de 2026 no solo nos estaremos preparando para celebrar los 216 años de nuestra independencia, sino también para aplaudir los primeros cien años de lo que, a mi parecer, debería ser considerada la primera captura fonográfica de auténtico jazz en la historia de la música. Una singular sesión de grabación realizada por músicos de Nueva Orleans en una ciudad de Chicago, en plena época de gánsteres y con Al Capone dominando la escena del contrabando de alcohol, la prostitución, el juego ilegal y la extorsión.

Dicha sesión se llevó a cabo el 15 de septiembre de 1926, cuando personal ejecutivo de la compañía Victor Talking Machine rentó, por sus “favorables condiciones acústicas”, el salón de baile del lujoso Hotel Webster, ubicado en una zona residencial cerca de Lincoln Park, en Chicago, e instaló su equipo móvil de grabación, confiados en que su nuevo prospecto artístico, Ferdinand Joseph LaMothe —conocido como Jelly Roll Morton— y sus compañeros afroamericanos, todos originarios de Nueva Orleans y bautizados por Morton como los Red Hot Peppers, pudieran sorprenderlos con su música.

Los Red Hot Peppers no eran una banda consolidada que tocaran todos los días juntos; si bien se conocían desde Nueva Orleans, cada uno pertenecía a distintas agrupaciones en Chicago. Morton los bautizó así con fines de *marketing* y únicamente para esas sesiones de grabación. Louis Armstrong los había contratado un año antes para realizar su primera grabación como líder de los “Hot Five” aprovechando su estancia en Chicago.

Es importante señalar que, en esos años, no era sencillo para los afroamericanos transitar libremente en zonas de clase alta, debido a la discriminación derivada de las leyes de segregación de la época. Sólo pudieron ingresar al hotel para grabar mediante permisos individuales de trabajo por sesión. Los músicos que migraban a Chicago residían en el South Side, epicentro de la vida cultural y social afroamericana. Muchos de ellos se alojaban en hoteles y casas de huéspedes que sí brindaban servicio a la comunidad negra en esa zona.

Cabe mencionar que, en 1917, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, la marina de los Estados Unidos, por orden presidencial, clausuró el circuito de burdeles y cabarets de Nueva Orleans conocido como Storyville, lugar donde muy probablemente se escucharon los primeros indicios del jazz y que daba empleo a una gran cantidad de músicos. Este hecho provocó una crisis que derivó en una considerable migración hacia el norte del país, especialmente a Chicago, lo que estimuló la expansión y reconocimiento del jazz.

Tras el cierre de Storyville, Morton se trasladó a Los Ángeles, California, donde tuvo dificultades para tocar con músicos locales. Logró capitalizarse administrando un hotel, y más adelante se enteró que muchos compañeros de Nueva Orleans estaban migrando a Chicago por recomendación del trompetista Joe “King” Oliver, figura clave en expansión del jazz hacia esa ciudad. Él mismo convenció a Louis Armstrong de migrar, lo que contribuyó a que este se convirtiera en un ícono mundial de la música. Pero de eso ahondaremos en otra ocasión.

Morton era genio y figura: un personaje sui géneris, nacido en 1885; justo en el momento

en que se gestaba una música distinta a la conocida hasta entonces. Era criollo, con ascendencia francesa, caribeña y africana. Cambió su apellido LaMothe por Morton, porque su abuela se decepcionó de él al saber que tocaba en burdeles de la zona de Storyville.

Consciente de sus capacidades musicales, y el poder que tenía haciendo esa nueva música, se autoproclamó “inventor del jazz”. Se mandó incrustar un diamante en un incisivo superior para destacar su sonrisa, presumía un estatus que no le correspondía, vestía trajes y zapatos de lujo y, lo más sorprendente, de forma intimidante, colocaba un revólver *Colt. 45* sobre el piano mientras dirigía a la banda. El mensaje era claro: “se obedecen mis instrucciones”.

Morton no permitía que los músicos decidieran libremente sobre sus partituras: cada parte, cada silencio, cada *break*, cada *stop time* cada textura estaba cuidadosamente diseñada. Sin duda, ese rigor contribuyó a que las grabaciones sonaran con una precisión que, hasta hoy, resulta sorprendente.

La sesión del 15 de septiembre de 1926 duró cuatro horas. Tuvieron que abandonar el salón antes del anochecer y grabaron tres temas: “Black Bottom Stomp”, “The Chant” y “Smoke House Blues”.

“Black Bottom Stomp” fue el tema elegido para abrir la sesión, decisión que revela el genio de Morton, ya que era la pieza más exigente en energía y concentración. Probablemente sabía que impactar desde el inicio garantizaría la atención de los ingenieros de la Victor, asegurando con ello que el sello discográfico identificara de manera inmediata el potencial, la relevancia y originalidad del proyecto.

Con estos elementos, podemos imaginar el resultado como un hecho extraordinario. “Black Bottom Stomp” debería considerarse la primera captura de jazz de calidad: contiene improvisación colectiva, propia de Nueva Orleans, pero también la dirección precisa de un líder excepcional.

Reproducir hoy ese tema no sería una tarea sencilla. Requeriría músicos profesionales capaces de generar comunión sonora, con excelente afinación, improvisadores solventes y respetuosos de las indicaciones de un líder; aun así, superar la versión original sería difícil.

Intentaré referirme a las particularidades especiales del tema “Black Bottom Stomp” sin realizar un análisis estrictamente musical. Morton compuso originalmente el tema bajo el nombre “Queen of spades”. Interpretándolo al piano fue como escribió y registró la partitura. Posteriormente, lo orquestó y lo renombró “Black Bottom”, en referencia a un baile popular de la época y, “Stomp”, porque se asociaba con un pulso marcado y ritmo alegre.

La pieza dura tres minutos con diez segundos y consta de solo 204 compases. La orquestación incluye siete instrumentos: clarinete, trompeta, trombón, bajo, contrabajo, batería básica y las sonoridades de su piano. Con eso alcanza seis tipos de texturas (combinaciones sonoras), logrando una riqueza tímbrica notable en tan poco tiempo. Además, en cuanto a efectos de ensamble rítmico, Morton no inventa, pero incorpora elementos comunes en el jazz antes que otras grabaciones, por ejemplo, los *breaks* y los *stop time* o el *two beat*, que es tocar en dos tiempos, propios de la música de Nueva Orleans, y que hasta la fecha son recurrentes.

Como arreglista y orquestador también es plausible su forma de introducir al ensamble completo; consolida el puente o interludio para pasar de la parte A en si bemol, a la parte B en mi bemol y, finalmente, expone su coda con el ensamble completo cerrando sus ideas de manera coherente y rítmicamente animada.

Los músicos también aportan recursos expresivos y de improvisación como *glissandos* en el trombón, *slap* en el contrabajo o, el mismo Morton, tocando solo su piano en la parte B al estilo *Ragtime*, logrando una textura que contrasta con lo realizado anteriormente.

Por eso, aunque la historia del jazz señala a la Original Dixieland Jass Band (ODJB) como la agrupación que realizó la primera grabación de jazz, ocurrida el 26 de febrero de 1917 en Nueva York con la misma compañía Victor, invito al lector a escuchar ambas versiones, comparar y sacar sus propias conclusiones.

ODJB y su Livery stable blues (1917)

<https://youtu.be/5WojNaU4-kl?si=rAlbfpw82gxhjFgh>

Jelly Roll Morton y sus Red Hot Peppers y su Black bottom stomp (1926)

<https://youtu.be/LnFUZHY6HOU?si=Ndfp0fBRdvCWc1KX>

La historia de la música señala al tema “Livery stable blues” de la ODJB como la primera grabación de jazz. Fue muy significativo porque captura el estilo de la improvisación colectiva y esa rítmica animada tan característica de la Nueva Orleans de principios del siglo XX. También presentó al mundo la desconocida palabra “jass” en el nombre de la agrupación que después derivó en “jazz”. Con esto, abrió las puertas a un género popular emergente para que se afanzara en la industria musical global, convirtiendo al jazz en un género comercialmente difundido y accesible a un público masivo.

Lo que no me convence para exponerla ante mis alumnos como la primera grabación de jazz, es que encontramos en ella desafinaciones constantes, repetición de secciones, pocas o nulas variaciones, un volumen *forte* insistente (en ocasiones, desesperante), cero dinámicas, muy monótono en sus frases, predecible, y hasta cómico en algunos pasajes. Además, que todos los músicos de la banda fueran blancos, no era bueno para el jazz; ya que invisibilizaba a los músicos afroamericanos, reflejaba en cierta medida las tensiones raciales, y la lucha por la apropiación cultural del jazz, lo que generaba una narrativa histórica parcial y excluyente.

A manera de conclusión

La grabación de 1917 por la ODJB debe entenderse como un punto de partida en la historia fonográfica del jazz, pero también como un episodio que invita a reflexionar sobre la relación entre música, industria y sociedad. Reconocer su impacto comercial y sus limitaciones históricas, es fundamental para construir una memoria crítica del jazz, y valorar las contribuciones invisibilizadas de los músicos afroamericanos que dieron origen al género.

Tres años antes de su muerte, en 1941, Morton fue entrevistado por el etnomusicólogo estadounidense Alan Lomax, con quien grabó una serie de entrevistas sentado al piano, tocando y narrando la historia del jazz desde su perspectiva, dejando así un invaluable testimonio sonoro. Estas grabaciones, resguardadas en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, permiten conocer su voz, su visión, y su técnica pianística de forma íntima.

<https://www.loc.gov/>.

Si bien, el jazz de Nueva Orleans era improvisación colectiva, Morton la ordenó y todas sus aportaciones creadoras coadyuvaron a fortalecerlo. Grandes figuras del Jazz como Louis Armstrong, Benny Goodman, Duke Ellington o Charles Mingus, entre muchos otros, han reconocido su influencia y lo han homenajeado en algunas de sus obras.

Lo logrado por Morton en aquella sesión de 1926, no fue solo una grabación: fue la definición de un estilo que, hasta hoy, sigue sonando vigente.



JAYZ

Héctor | Cortés Mandujano

Narrador, dramaturgo y periodista cultural.

[Este es el texto final de mi libro de cuentos inédito, llamado Intonso, que juega con las posibilidades narrativas en palabras de uso poco frecuente. Las he espigado de aquí y de allá, de libros varios, de diccionarios, de poemas. Habrá muchos vocablos que quizás nunca hayas oído o escrito, lector, lectora, pero que existen y han sido usados antes que yo. En mi libro las palabras de la que parten las historias se explican una a una. Aquí no: vuela sin mi ayuda.]

Tus ojos eran el sortilegio y arrancártelos lo apotropaico. ¿Y eso qué? No tendría sentido. Nadie es culpable de lo mío. Busilis entonces. Amarme en la hez y lo sublime. Que no sea un cómitre ni yo ni el otro ni la otra, con sus plurales.

No te pondré al centro del dolmen, para gozar la estatopigia de tu cuerpo. Que quede fuera lo sicalíptico, lo lúbrico. No te dejaré, prendida del alfiler, como falena, para admirar tu belleza y para no dejarte ir.

En el gazebo que he construido en el campo, rodeado de cuidados jardines, desnudos tú y yo, te besaré (aunque esa realidad sea imaginativa) y quizás cometamos hierogamia, dado que los seres humanos, lo creo, somos fundamentalmente hermanos. O quizás sólo nos veamos, nos sintamos, nos toquemos sin llegar a la posesión, siempre fugaz, siempre incompleta.

No hay amor integérrimo. Imposible. Retazos nomás. Sí es, en algunos instantes, prodigioso y puede hacerte pasar de enano a jayán. Momento de magia. Femtosegundo tal vez. Luego, blanco y volver a lo mismo, al ser vulgar que ha largado fluidos y ya tiene poco que ofrecer.

Sé que decir estás aquí es sólo un lítote, una forma retórica de decir estoy pensando en ti, estás dentro de mí. También sé que decir que me vuelvo mucílago, que pierdo mi instancia humana si te tengo cerca, es un tropo más, un desacierto que pretende explicar lo inexplicable.

No llegamos, ni tú ni yo, a lo nefario. Tampoco a lo sagrado. Pedestres, salvo cuando amamos, quisiéramos –lo quiero yo y por tanto decido que tú también– que mi daga erótica tuviera la dureza del ónfalo mítico y al mismo tiempo fuera el pétalo, la nube, lo grácil, aunque sabemos que nos constituyen carne, huesos, sangre; que lo angélico, lo proteico en nosotros es únicamente ilusión.

Verte, pensarte, saberte lejana no son nada más pródromos, sino ya la enfermedad que se regodea en sí misma, el amor que devora sin cesar y no se sacia: cómo vas a sanarme tú, se dijo en algún poema del Siglo de Oro, si tú eres lo que me enferma. Quisiera ni saber tu nombre ni conocerte, que fueras un quídam con quien tuve un combate en el campo de plumas, le di dinero (o no) y desapareció de mi vida. Pero no, conozco tu historia, dónde naciste, quiénes fueron tus padres y la larga suma de naderías que hacen que te quiera a ti y a nadie más en la caricatura del sexo, en el sufrimiento de la soledad, en la farsa (estamos solos, siempre) de la compañía.

Lo mío contigo es relapso, algo a lo que había renunciado y no. ¿Cómo renuncio a ti si siento que eso es renunciar a mí? Ah, maldita retórica. Nadie muere de amor. El deseo una vez satisfecho se vuelve sólito; el fuego de la pasión se extingue hasta llegar a las cenizas y luego al aire, y luego a la nada. Nos cansan las repeticiones y de ellas estamos hechos: respirar, comer, desechar, amar...

Encontré uno de tus largos cabellos rubios en mi pubis cuando me desnudé para bañarme. Lo imaginé la túrdiga con que se uncen los bueyes, es decir, los supuse una imagen de mi sujeción, de ir adonde tú me dices, de tomar lo que me ofreces, de obedecer tus deseos porque, estoy convencido, eso me hace feliz. Soy tu esclavo sonriente, aunque a veces la barra con que me has marcado el lomo sea urente, doliente, fatal.

El amor es proteico: ángel y vestiglo. A veces es la recámara suntuosa y llena de oropeles donde somos la princesa y el príncipe del cuento que se entregan en la posesión ideal, de elevada espiritualidad, que se consume en la nube rosa donde no hay más que aromas delectables y música de las esferas; y a veces la yacija desde donde, como hoy, sufro al saber que tú y yo nunca bailaremos un vals sin fin por el planeta...



¿Qué es leer

en tiempos de crisis?

Felipe | Reyes Escutia

Investigador del instituto de Ciencias
Biológicas, UNICACH

Leer es una acción profundamente presente en muchos aspectos de nuestra vida cotidiana, como personas, sociedad, nación o humanidad. Leer es piedra angular del mundo moderno y de sus múltiples expresiones, ya sean sociales, educativas, económicas, culturales o políticas. Pero ¿qué es leer?, ¿qué significa leer? Reflexionemos antes de contestar, ¿comprendemos enteramente lo que es leer? ¿leemos todo lo que podemos o necesitamos leer? Y, en la conciencia de la humanidad que somos, del momento que vivimos, de los lugares que habitamos y de las comunidades a las que pertenecemos, ¿qué representa leer? ¿leemos realmente, estamos conscientes de todos los lenguajes presentes en nuestro vivir?

En primer lugar, es necesario responder esta pregunta: ¿Soy yo quién lee, soy verdadera y conscientemente yo, el ser humano sentipensante, quién lee?; o, es el andamiaje racional moderno instalado en mi pensamiento quién lee a través de mí? ¿yo, a quién el sistema llama capital humano, soy quién lee?

Durante más de 30 años he tenido la fortuna de acompañar y aprender de comunidades mestizas e indígenas de la sierra, la costa y la selva de Chiapas. Pude observar que, con la llegada de la escuela a esas regiones campesinas, la lectura fue vinculada profundamente a la creencia e instalación del vivir-sentir-pensar urbano moderno como sinónimo de progreso, de bienestar y de superación personal, de “ser alguien”. La escuela y reducir el leer a lo escrito moderno, se sumaron a otros proyectos modernizadores basados en ideas,

procesos y prácticas económicas, sociales y culturales en diversas instituciones, alejando a niños, adolescentes y jóvenes de su tierra, su comunidad y de sus formas propias de ser, vivir, conocer y aprender, debilitando la autonomía alimentaria y cultural de sus comunidades, pues sus padres y abuelos ya no tenían con quien cultivar la tierra ni compartir sus aprendizajes y sueños, comunicados de viva voz de generación en generación para seguir haciendo comunidad desde lo cotidiano, en los afectos, en el forjar juntos realidades y futuros propios. Educados para el vivir moderno se abandonó la milpa de autoconsumo y se asumió la agricultura industrial, impulsando lo monetario, debilitando vínculos y afectos que comprendían la tierra como sagrada y abandonando el trabajo colectivo (como el tequio) esencial para la vida comunitaria.

Ante la crisis de humanidad y civilización que padecemos es necesario revisar, en diálogo y desde la diversidad que somos, el discurso normalizado que impone que, para ser alguien en la vida, hay que modernizarse. Este discurso debilitó el sentido de pertenencia a la tierra y el natural valor identitario de la cultura campesina en adolescentes y jóvenes, acrecentando la migración juvenil a las ciudades y a otros lugares del norte global, rompiendo los procesos intergeneracionales comunitarios y de convivencia sustentable con sus territorios. Adentrarse en la lectura desde la razón modernizadora debilitó sus identidades campesinas y les sometió a la verticalidad del sistema productivo, económico y social global y sus expresiones nacionales y locales. Leer y escribir sin

cultivar identidad, sin territorio, sin afectos y sin comunidad, no libera, somete y adoctrina, vacía de humanidad.

De acuerdo con estimaciones de la Universidad de Salamanca (2022) se publican anualmente más de cinco millones de artículos académicos y científicos en el mundo sobre las realidades y problemas fundamentales de la humanidad. Y, sin embargo, los problemas no se han resuelto ni han disminuido; es más, nunca antes habíamos llegado a la crisis humana y planetaria que hoy pone en riesgo a naciones enteras y a la vida como la conocemos, a pesar de que más del 87% de las personas en el mundo mayores de 15 años saben leer (UNESCO, 2025):

- Se estima que unos 2 mil 300 millones de personas en el mundo padecen inseguridad alimentaria moderada o grave (FAO, 2025), es decir, el 25% de la población mundial.

- Los 12 mil millonarios más ricos del mundo acumulan, en conjunto, más riqueza que la mitad más pobre de la población mundial, es decir, más que 4 mil millones de personas.

- En los últimos 50 años (1970-2020), el tamaño medio de las poblaciones de fauna silvestre analizadas se ha reducido en un 73% (Informe Planeta Vivo, 2024).

¿Por qué con tanta gente con habilidades lectoras, con tantas lecturas disponibles para comprender nuestras realidades y problemas y con tanto conocimiento para mejorar nuestra condición humana y habitar sana y dignamente este planeta, no se asegura una condición básica como lo es comer, por qué se expande la inequidad entre personas, pueblos y naciones, por qué se degrada como nunca antes la base de la vida que hace posible nuestra existencia?

Entonces, ¿qué es leer?

Una profunda reflexión y re-significación, en diversidad dialogante, de lo que entendemos como leer es necesaria e impostergable. Para existir, para ser, para vivir. Aquí, una primera sugerencia

Leernos a nosotros mismos.

Sin fragmentos, en todo nuestro ser humano, no solo en la razón, en la unidad de

afectos, emociones, pensamientos, creencias, cuerpo y espíritu.

Leer y leernos en los territorios que habitamos y que, a la vez, nos habitan.

Nos nutrimos de los frutos del tejido local y planetario de agua, aire y tierra, y así están dentro de nosotros, nos habitan a la vez que los habitamos. ¿Les leemos y nos leemos en ellos?

Leer la vida.

Cuando una planta siente ciertas particularidades propicias en la luz que recibe del sol o en la humedad del aire o en la condición del suelo inicia un proceso orgánico que es icónico para muchos pueblos del mundo: florece. Junto a sus hojas, directamente en sus ramas o también en su tronco leñoso, se va forjando la maravilla, emergen y se conjugan formas, colores y aromas, aparece la flor. Mientras tanto en otro lugar de ese bosque, selva, manglar o desierto, a veces a kilómetros de distancia, un colibrí, un murciélago o una abeja están recibiendo sus propios mensajes del aire, del sol o del suelo. Y, entre certezas e incertidumbre, emprenden el vuelo con el deseo del encuentro. Y se encuentran, se abrazan, se nutren, son en el comunicarse que continua y expande la vida, en ella fluyen múltiples lenguajes que no se limitan a la razón humana y menos aún a la razón moderna. La vida es transracional.

Leernos entre pueblos, culturas y naciones en el universo de la vida que nos une.

En la oralidad, en la corporeidad, en la comunalidad, urge leernos en la diversidad que somos, sin apagar a nadie, en el encuentro de identidades que con-ver-san para reconocer lo que compartimos y nos hermana, para hacer comunidad, para hacer de la Humanidad, comunidad. Leernos en identidades que dialogan en la diversidad que somos para ser comunidad es el paso que nos devolverá a la poesía sagrada del tejido de la vida.

 **Leamos, re-avivemos el leer, re-avivemos nuestro ser.**

Mi experiencia en la Licenciatura en Jazz y Música Popular

y mi intercambio académico en España

Helly | Alcalá Pacheco

Estudiante de la Licenciatura en Jazz y
Música Popular de la Unicach

Comenzaré contando quién soy, junto a mi experiencia en la licenciatura en Jazz y Música Popular. Mi nombre es Helly, actualmente tengo 22 años. Desde siempre me ha gustado la música y, al momento de elegir una carrera profesional, decidí estudiar esta licenciatura porque quería adquirir los conocimientos necesarios para poder vivir de ella. Me interesaba especialmente aprender sobre la enseñanza musical, el arreglo, la composición y la teoría musical, entre otras áreas fundamentales para desarrollarme como música profesional. Elegí esta facultad porque varios amigos me la recomendaron después de haber estudiado ahí y ver los buenos resultados que obtuvieron en su formación y crecimiento artístico.



¿Cómo me enteré y qué hice para realizar un intercambio académico?

Supe de esta oportunidad gracias a una plática que se llevó a cabo en mi facultad, impartida por la licenciada Dorian Ruiz Palma, en la cual nos informó de los distintos lugares y universidades con los que la UNICACH tiene convenios para estancias académicas. Además, un amigo que había realizado su intercambio en Italia me contó su experiencia; vi cómo había cambiado su mentalidad y cómo había ampliado sus oportunidades para tocar música con personas de diferentes partes del mundo. Ambos casos fueron para mí motivación suficiente para tomar la decisión de venir a España; un país cuya cultura siempre me ha interesado profundamente. Actualmente, llevo ocho meses viviendo aquí, esta experiencia me ha permitido crecer tanto personal como musicalmente. Inicialmente tenía mucho miedo de mudarme a un país diferente, y estar lejos de mi familia y de mi cultura. Además, no contaba con el dinero suficiente para realizar este viaje, por lo que, comencé a trabajar en distintas actividades para lograr mi objetivo: impartí clases de piano, vendí productos de cuidado para la piel, además de solicitar apoyo de mi familia. Aunque no fue un proceso fácil que ocurriera de la noche a la mañana, ahora puedo decir, sin duda alguna, que ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. He crecido como persona, he conocido distintas ciudades, formas de pensar, gastronomía, música, e incontables experiencias más. Me di cuenta de lo capaz que puede ser una persona cuando se lo propone y también poniendo sus metas en manos de Dios.

¿Qué cosas nuevas he aprendido en la Universidad de Salamanca en España?

Comenzando por el área académica, especialmente en los estudios relacionados con la enseñanza pedagógica, han sido de gran ayuda para mí. Ahora cuento con mucho material tanto didáctico como teórico con el que puedo trabajar, ya que disfruto mucho impartir clases de música. Durante mi estancia he aprendido diferentes métodos de enseñanza que me permiten estructurar mejor mis clases y adaptarlas a las necesidades de cada estudiante.

De igual forma, la musicoterapia ha sido una de las materias que más me ha gustado, ya que puedo aplicar la música tanto en el ámbito de la salud, como en la medicina y la psicología. Conocer que existe un tipo de terapia por medio de la música, la cual está bastante estudiada y avanzada en Europa, me ha ayudado a descubrir no sólo una nueva fuente de trabajo, sino a revelar una de las áreas en la cual me quiero dedicar como músico en el futuro; además, se ha fortalecido mi deseo de realizar una Maestría en Musicoterapia.

¿Cuáles son las diferencias locales, nacionales e internacionales que existen en mi disciplina artística y qué nos hace falta por aprender o enseñar?

Para mí ha sido impresionante poder compartir aprendizajes tanto en la vida cotidiana como en la vida académica con personas de distintas partes del mundo. Cada cultura me ha enseñado disciplina en el estudio, pero también la importancia de tener tiempo para descansar y convivir con los compañeros. En España, por ejemplo, se valora mucho que los estudiantes tengan espacios para disfrutar y equilibrar su vida personal con la académica, y fomentan distintos eventos culturales y de recreación para fortalecerlo.

En muchas ocasiones, dentro del área musical se enseña que debemos estudiar constantemente, sin parar; sin embargo, aquí he aprendido la importancia de tener un tiempo para todo, lo esencial que es el descanso. Existe una mejor organización mediante calendarios académicos claros y una gran cantidad de eventos culturales que permiten a distintos artistas mostrar su trabajo y darse a conocer. Considero que en Chiapas sería necesario gestionar y abrir más espacios culturales donde las personas puedan acercarse al arte, escuchar música y convivir con los grandes artistas que existen en la UNICACH y en el estado.

También comprendí que muchos estudiantes comparten los mismos miedos y sueños, y que podemos formar una familia, apoyándonos unos a otros para crecer y alcanzar nuestras metas tanto personales como comunitarias. Durante mi estancia he hecho grandes amigos que me han acompañado en este proceso, pero también aprendí a valorar profundamente a mis compañeros de clase de la universidad donde inicié mi carrera. No puedo esperar más para regresar y compartir todas estas experiencias y conocimientos que nos ayudarán a crecer juntos y a crear nuevas experiencias.

Finalmente, exhorto a todas y todos los estudiantes a informarse sobre las oportunidades que nuestra propia universidad ofrece para realizar estancias en otras ciudades o países, a buscar becas y a trabajar con constancia por sus sueños. Salir, aprender y crecer transforma la vida... y puedo decirles, con toda certeza, que vale profundamente la pena.



El simulacro ilustrado:

IA, pensamiento crítico y conectividad
precaria en las universidades —las
nuestras—

Bulmaro | Ruiz Narcia

Profesor de asignatura “A” de la
Facultad de Música de la UNICACH

La promesa intermitente

Las universidades —las nuestras— han comenzado a hablar de inteligencia artificial con la serenidad discursiva de quien se sabe instalada en el porvenir. Sin embargo, en muchos de nuestros contextos, esa retórica de innovación convive con una infraestructura frágil: conexiones inestables, acceso irregular a plataformas, dispositivos insuficientes y entornos digitales que con frecuencia dependen más de la paciencia que de la solidez técnica. En ese contraste se instala la pregunta central de esta reflexión: ¿cómo formar pensamiento crítico sobre inteligencia artificial allí donde la experiencia misma de lo digital sigue siendo intermitente?

El problema no radica en la inteligencia artificial en sí misma. La UNESCO reconoce que esta puede contribuir a transformar la educación, ampliar posibilidades pedagógicas y responder a desafíos estructurales del aprendizaje; pero advierte también que su despliegue y su uso deben guiarse por los principios fundamentales de inclusión y equidad (UNESCO, 2021). Desde esa perspectiva, el problema no es discutir la IA, sino hacerlo como si las condiciones materiales para su apropiación ya estuvieran garantizadas en todas partes, cuando precisamente en nuestras universidades esa garantía sigue siendo desigual.

Conviene subrayar, además, que el pensamiento crítico no puede reducirse a una habilidad destinada únicamente a evaluar respuestas generadas por máquinas. Pensar críticamente la IA implica también examinar el contexto institucional que la convierte en promesa, consigna o espectáculo de modernización. Si una universidad invita a debatir ética algorítmica, automatización o alfabetización en inteligencia artificial, pero no asegura condiciones mínimas de conectividad sostenida, entonces el pensamiento crítico tiene la obligación de leer esa escena no como simple desfase técnico, sino como contradicción pedagógica (UNESCO, 2021; Gottschalk & Weise, 2023).

La propia guía de la UNESCO formula esta exigencia con claridad al afirmar que “el despliegue y el uso de la IA en la educación deben guiarse por los principios fundamentales de inclusión y equidad” (UNESCO, 2021, p. 2). La frase importa no solo por su contenido normativo, sino por lo que deja entrever: toda política sobre IA que omita las desigualdades concretas de acceso corre el riesgo de reforzar aquello que dice querer resolver.

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) por su parte, recuerda que la equidad y la inclusión digital en educación no se agotan en la mera disponibilidad de tecnología, sino que dependen también de infraestructura suficiente, habilidades digitales, diseño

inclusivo y recursos adecuados para un uso significativo (Gottschalk & Weise, 2023). Esta precisión permite afinar la crítica: no basta con que haya señal en algún punto del campus ni con que existan declaraciones institucionales sobre innovación. La discusión sobre inteligencia artificial en las universidades —las nuestras— exige reconocer que la precariedad digital no es un accidente marginal del sistema, sino una condición que modela de antemano quién puede experimentar, comprender, cuestionar y apropiarse realmente de estas herramientas.

Desde ahí, la ironía del presente universitario se vuelve difícil de ignorar. Se nos exhorta a reflexionar sobre algoritmos que muchas veces no podemos ejecutar de manera fluida; se nos invita a problematizar el futuro del aprendizaje automatizado en espacios donde el presente de la conectividad aún no termina de resolverse. La universidad habla, entonces, en el lenguaje del futuro, pero con demasiada frecuencia opera sobre una infraestructura que todavía no logra emanciparse del pasado.

Pensamiento crítico y fascinación por la eficiencia

Si la primera contradicción es material, la segunda es propiamente pedagógica. No basta con que las universidades —las nuestras— logren conectarse: también deben decidir cómo quieren hacerlo y para qué. La discusión sobre IA no puede quedar atrapada en el entusiasmo por la novedad ni en la promesa de modernización acelerada, porque entonces corre el riesgo de reducir la vida universitaria a una carrera por actualizar su vocabulario tecnológico sin revisar críticamente los fines educativos que ese vocabulario encubre.

Su incorporación a la vida universitaria exige, por tanto, una pedagogía del discernimiento antes que una fascinación por la eficiencia. En el clima cultural de nuestro presente, la eficacia suele presentarse como una virtud indiscutible: acelerar, optimizar, automatizar, resolver. Pero la educación no se agota en la rapidez de los procedimientos. La UNESCO insiste en que la integración de la

IA en educación debe orientarse por fines humanistas, inclusivos y equitativos, mientras que la OCDE subraya que las desigualdades digitales persisten precisamente allí donde el acceso, las habilidades y los recursos siguen distribuyéndose de manera desigual (UNESCO, 2021; Gottschalk & Weise, 2023). Por eso, la universidad se empobrece cuando celebra la velocidad de la respuesta, pero desatiende la lentitud del juicio.

Esta distinción importa especialmente en el terreno del pensamiento crítico. Formar pensamiento crítico no equivale a enseñar a usar herramientas nuevas con mayor destreza, sino a desarrollar la capacidad de interrogar sus supuestos, sus promesas, sus límites y sus efectos. En otras palabras, la relación educativa con la IA no debería comenzar por la pregunta “¿cómo aprovecharla al máximo?”, sino por otra más exigente: “¿qué tipo de experiencia formativa promovemos cuando la adoptamos?”. Tal pregunta desplaza el centro del debate desde la productividad hacia el sentido, y desde la fascinación técnica hacia la responsabilidad pedagógica.

Leídas en conjunto, las advertencias de la UNESCO y la OCDE obligan a reconocer que la universidad no enfrenta solo un problema de actualización tecnológica, sino una cuestión más profunda: la de no confundir innovación con automatización ni calidad educativa con simple rendimiento operativo (UNESCO, 2021; Gottschalk & Weise, 2023). Desde esta mirada, la fascinación por la eficiencia aparece menos como una virtud neutral que como un síntoma de época. Se celebra aquello que ahorra tiempo, simplifica tareas y acelera resultados, como si la rapidez fuese por sí misma una prueba de valor pedagógico. Sin embargo, una formación universitaria orientada por el pensamiento crítico requiere tiempos de contraste, lectura, valoración y discusión; requiere incluso el derecho a demorarse frente a aquello que no debe resolverse con inmediatez.

Por eso, las universidades —las nuestras— deberían cuidarse de recibir la inteligencia artificial únicamente bajo el signo de la eficacia. Hacerlo así sería olvidar que educar

no consiste solo en producir respuestas, sino también en formar sujetos capaces de juzgar la pertinencia, la verdad y las consecuencias de esas respuestas. Tal vez la tarea más urgente no sea enseñar a convivir con sistemas cada vez más inteligentes, sino evitar que, en nombre de esa inteligencia, las universidades renuncien a pensar críticamente las condiciones concretas desde las cuales dicen ingresar al futuro.

El humanismo como retórica de transformación

A la contradicción material y a la contradicción pedagógica se suma, así, una tercera: la contradicción retórica. Con la llegada de una nueva administración gubernamental, el lema “Humanismo que transforma” comenzó a operar como una fórmula de legitimación capaz de envolver bajo un mismo horizonte moral diversas políticas públicas, incluidas aquellas que tocan de manera directa a las universidades. No se trata de un lema irrelevante. En el discurso oficial, dicho humanismo se presenta como una apuesta por la justicia social, la escucha activa, el diálogo intercultural y una educación orientada a la transformación de la vida colectiva (Grajales González, 2025). Precisamente por eso, el pensamiento crítico no puede contentarse con repetir la fórmula: debe preguntarse de qué manera esa promesa se materializa —o no— en las instituciones concretas.

En el terreno universitario, esta pregunta adquiere un espesor particular. Si la reorganización del campo educativo y la insistencia por la inteligencia artificial se inscriben bajo el signo del “Humanismo que transforma”, entonces la cuestión ya no es solo semántica. Lo decisivo es examinar si ese lenguaje humanista modifica efectivamente las condiciones de formación, participación y acceso, o si termina operando como una envoltura moral que ennoblece decisiones cuya implementación reproduce viejas asimetrías. Una cosa es invocar la transformación; otra, bastante distinta, es producirla.

La insistencia actual en la inteligencia artificial resulta especialmente reveladora. En el diálogo promovido por la UNESCO y autoridades educativas en México, se afirma que la IA debe ponerse al servicio de la educación y de las personas, y se subraya la necesidad de preservar la autonomía de las comunidades humanas en un mundo crecientemente automatizado, así como de invertir en la formación de docentes y estudiantes para el uso apropiado de estas tecnologías (UNESCO, 2025). Esa formulación, en principio, es compatible con un horizonte humanista. Sin embargo, en nuestras universidades la recepción concreta de esa agenda puede adquirir un tono paradójico: se adopta el lenguaje de la innovación responsable, al mismo tiempo que las condiciones materiales e institucionales para ejercerla críticamente siguen siendo insuficientes.

Es en este punto donde la ironía del presente deja de ser solo estilística y se vuelve analítica. El problema no consiste en que un gobierno progresista intente nombrar su política educativa desde el humanismo. El problema comienza cuando ese humanismo corre el riesgo de volverse una categoría inmune a la verificación empírica: una palabra que eleva el tono moral del discurso, pero que no necesariamente transforma la experiencia cotidiana de quienes enseñan, investigan y estudian. Entonces, la distancia entre enunciado e implementación no aparece como una falla secundaria, sino como el lugar mismo donde debe intervenir el pensamiento crítico.

Desde esta perspectiva, quizá lo más inquietante no sea que las universidades — las nuestras— hablen hoy de inteligencia artificial, sino el modo en que esa conversación puede quedar absorbida por una liturgia de la transformación donde toda novedad se presenta como avance y toda crítica corre el riesgo de sonar extemporánea. Pero justamente ahí reside la tarea universitaria. Pensar críticamente no es adherirse sin reservas al léxico del presente, sino someterlo

a examen. Y si el “Humanismo que transforma” quiere ser algo más que una firma de época tendría que empezar por aceptar que la transformación no se demuestra en el brillo de sus consignas, sino en la materialidad de sus efectos.

Una analogía inquietante

La relación entre la inteligencia artificial y el usuario universitario guarda, en cierto sentido, una “analogía inquietante” con la relación entre las universidades públicas y el aparato de gobierno. En ambos casos no se trata de una soberanía plena, sino de una mediación: así como el usuario no accede a la IA en estado puro, sino a través de plataformas, infraestructuras, políticas de uso y marcos institucionales, las universidades tampoco existen al margen de los lenguajes, prioridades y dispositivos de legitimación que emanan del poder público. Esta analogía no pretende borrar las diferencias entre una tecnología y una institución, sino señalar una estructura común de dependencia relativa. En educación superior, el uso de la IA depende también de marcos de gobernanza, políticas institucionales y decisiones organizacionales que condicionan su apropiación y su sentido (Davis, 2023).

Hacia una inteligencia artesanal

Tal vez la tarea más urgente no sea simplemente enseñar a convivir con sistemas cada vez más inteligentes, sino aprender a pensar la inteligencia artificial sin abdicar de aquello que hace humana a la educación: el juicio, la escucha, la duda, la interpretación y el cuidado. Una universidad verdaderamente crítica no tendría que elegir entre rechazar la IA o celebrarla de manera acrítica; tendría, más bien, que aprender a pensar la IA y también a pensar con la IA, sometiendo siempre esa relación a examen pedagógico, ético y político (UNESCO, 2023; UNESCO, 2026).

Desde esa perspectiva, acaso convenga ensayar un pequeño desplazamiento conceptual. Más que resignarnos a la expresión “inteligencia artificial” como

si nombrara una exterioridad técnica autosuficiente, podría pensarse en una forma de simbiosis de inteligencias donde la máquina no suplanta el criterio humano, sino que lo desafía, lo acompaña y, en el mejor de los casos, lo obliga a afinarse. En un sentido deliberadamente lúdico —pero no por ello menos serio—, este desplazamiento podría nombrarse como una “inteligencia artesanal”: una inteligencia hecha de arte, de técnica, de mediación y de oficio; una inteligencia que no se produce en serie, sino que se trabaja, se corrige, se escucha y se ensaya.

Llamarla artesanal no implica negar la dimensión tecnológica de la IA, sino recordar que toda tecnología educativa adquiere sentido en la medida en que pasa por manos, cuerpos, contextos, decisiones y responsabilidades humanas. También este artículo quisiera asumirse como testimonio de esa práctica: no como un texto delegadoramente producido por una máquina, sino como el resultado de una relación crítica entre inteligencia humana e inteligencia artificial, donde la segunda colaboró en la organización y exploración del pensamiento, mientras la primera sostuvo la

responsabilidad autoral, el juicio conceptual y la orientación ética del argumento (UNESCO, 2023). Si ello es así, entonces este texto no sería solo un artículo sobre la IA, sino también un producto de esa inteligencia artesanal que propone: una forma situada, reflexiva y no servil de pensar con la técnica sin dejar de pensar contra sus automatismos.

Nota metodológica

Este artículo fue elaborado con apoyo de herramientas de inteligencia artificial para la organización inicial de ideas, la exploración de formulaciones y la revisión estilística. No obstante, la selección de fuentes, la verificación conceptual, la estructura argumental y la redacción final fueron asumidas desde una práctica de revisión crítica y responsabilidad autoral. En ese sentido, el texto se propone también como ejercicio de una posible “inteligencia artesanal”: una simbiosis de inteligencias en la que la mediación técnica no sustituye el juicio humano, sino que lo obliga a ejercerse con mayor cuidado (UNESCO, 2023; UNESCO, 2026).



Referencias

Davis, V. (2023, December 7). *Developing institutional level AI policies and practices: A framework*. WCET. Recuperado de <https://wcet.wiche.edu/frontiers/2023/12/07/developing-institutional-level-ai-policies-and-practices-a-framework/>

Gottschalk, F., & Weise, C. (2023). *Digital equity and inclusion in education: An overview of practice and policy in OECD countries* (OECD Education Working Paper No. 299). OECD Publishing. Recuperado de [https://one.oecd.org/document/EDU/WKP\(2023\)14/en/pdf](https://one.oecd.org/document/EDU/WKP(2023)14/en/pdf)

Grajales González, E. (2025, February 19). *El Humanismo que transforma y sus horizontes dentro de la educación*. Secretaría de Educación del Estado de Chiapas. Recuperado de <https://www.educacionchiapas.gob.mx/planeacion-educativa/el-humanismo-que-transforma-y-sus-horizontes-dentro-de-la-educacion/>

UNESCO. (2021). *Inteligencia artificial y educación: guía para las personas a cargo de formular políticas*. UNESCO. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379376>

UNESCO. (2023). *Guidance for generative AI in education and research*. UNESCO. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000386693>

UNESCO. (2025, February 6). *AI will be at the service of education and people in Mexico*. UNESCO. Recuperado de <https://www.unesco.org/ethics-ai/en/articles/ai-will-be-service-education-and-people-mexico>

UNESCO. (2026, April 12). *Artificial intelligence in education*. UNESCO. Recuperado de <https://www.unesco.org/en/digital-education/artificial-intelligence>

José María Melo y Ortiz en Chiapas:

un soldado bolivariano al servicio de la Reforma

Tania | Corzo Hernández
Abogada y escritora

El General José María Dionisio Melo y Ortiz, distinguido soldado de Bolívar y expresidente de la República de la Nueva Granada —actual Colombia— llegó a tierras chiapanecas el 10 de octubre de 1859.

Buscaba incorporarse a la causa republicana encabezada por Benito Juárez. Sin embargo, al no poder continuar su viaje a Veracruz, a donde Juárez había trasladado su gobierno, por estar tomado el estado de Oaxaca, decidió quedarse en Chiapas, para lo cual se entrevistó con Ángel Albino Corzo Castillejo, gobernador constitucional y comandante militar de línea.

El 2 de marzo de 1860, Corzo comunicó al presidente de la república la importancia de contar con un militar experimentado como Melo y Ortiz. Juárez dio su anuencia a pesar de que no simpatizaba con la ayuda externa. Es posible que Melo haya sido el único general extranjero que defendió con las armas las Leyes de Reforma.

Poco después, en su edición del 17 de marzo de 1860, el periódico oficial del gobierno chiapaneco, *La Bandera Constitucional*, saludó la llegada del militar neogranadino a Tuxtla. La publicación lo describía como:

“...fiel partidario de la bandera liberal y amante del progreso de los pueblos, en cuyo favor ha consagrado largos años de útiles servicios...”.

Estas expresiones muestran el prestigio que rodeaba la figura del expresidente colombiano y el ambiente de fraternidad latinoamericana que caracterizó aquellos años.

José María Melo nació en Chaparral de los Reyes Tolima de la entonces República de Nueva Granada, hoy República de Colombia, el 9 de octubre de 1800. Sus padres fueron Manuel A. Melo Abadía y María Antonia Ortiz.

Inició su carrera como teniente hasta alcanzar, por méritos en campaña y por riguroso escalafón, el grado de general en 1851. Participó en las guerras de independencia de América del Sur al servicio de Simón Bolívar, el libertador de América, de Francisco de Paula Santander y Omaña, héroe de la batalla de Bocayá y del patriota venezolano Antonio José de Sucre.

Fue Jefe Supremo de la entonces República de Nueva Granada en 1854, después de dar un golpe político militar con el apoyo de artesanos, intelectuales y miembros del ejército libertador.

Tras su caída política, fue condenado a prisión y más tarde desterrado de por vida en 1855. A partir de entonces se trasladó a Costa Rica, donde residió hasta 1858, fecha en la que emprendió viaje hacia Nicaragua. En 1859, durante su tránsito por El Salvador, falleció su esposa Juliana Granados. Acompañado únicamente por su hijo Máximo, continuó hacia Guatemala y, finalmente, en octubre de ese mismo año arribó a la frontera chiapaneca, perseguido por el régimen conservador encabezado por Rafael Carrera.

Bajo las órdenes del gobernador Ángel Albino Corzo, Melo y Ortiz se dedicó durante los primeros dos meses al entrenamiento de las tropas de las jefaturas políticas; instruyó a los destacamentos de la Guardia Nacional en el manejo de armas y técnicas básicas de combate; colocó oficiales en lugares estratégicos de cada departamento y se dedicó al reclutamiento de campesinos que quisieran servir a la milicia.

En el mes de mayo de 1860 fue comisionado para vigilar la frontera de Chiapas con Guatemala, entonces amenazada por los conservadores al mando de Juan Ortega.

Después de haber hecho una rigurosa inspección por toda la región acampó junto a su tropa, en los llanos de la hacienda Juncaná, cerca de Zapaluta, hoy La Trinitaria.

Juan Ortega, antiguo administrador de la aduana fronteriza de Zapaluta y opositor al gobierno de Ángel Albino Corzo desde 1856, se había levantado en armas contra las Leyes de Reforma y decidió atacar la guarnición ubicada en la frontera sur.

Durante la madrugada del primero de junio las tropas de Melo y Ortiz fueron emboscadas por las fuerzas de Ortega quienes hicieron su entrada con dos disparos de cañón.

De las dos a las tres de la madrugada combatieron a fuego cerrado, conservadores y liberales, unos luchando por antiguas canonjías de la Iglesia Católica y los otros por la implantación de las leyes de Reforma en Chiapas.

El antiguo soldado de Bolívar, hombre de carácter enérgico, comandante en jefe de la sección de caballería y jefe de operaciones, peleó con denuedo al frente de sus cuarenta soldados, la mayoría de ellos sin experiencia en combate.

Tras una hora de intensa batalla y heroica defensa, en plena oscuridad, el general cayó gravemente herido.

Creyéndolo muerto, sus hombres huyeron en la confusión desordenada. Melo fue capturado por las fuerzas conservadoras y, después de una hora de tenerlo prisionero, sin formación de causa, fue pasado por las armas por órdenes expresas de Juan Ortega.

De acuerdo con el parte oficial rendido por Cándido Rivera a Pantaleón Domínguez, y que se divulgó, entre otros, en la publicación titulada *Aporrea* por Christopher J. Alaña en el año 2007, se sabe que a las dos de la tarde del mismo primero de junio llegaron a la ciudad de Comitán el capitán Doroteo Corzo, el Subteniente Patrocinio Cadenas, el Sargento Guadalupe Reyes y el hijo de José María Melo; los dos últimos dijeron haber visto fusilar al citado General.

Transcribe también dicha publicación, la carta de Romualdo Guillén, de las tropas de Ortega, enviada a uno de sus parientes sólo cuatro días después del artero crimen, por la cual se sabe que a Melo se le asesinó sin que mediara juicio alguno, que estuvo herido más de una hora y que se conocía muy bien quién era:

“Por hoy te contaré que el 30 de mayo nos encontrábamos en San Vicente y el primero como a las dos de la mañana atacamos las fuerzas del general José María Melo. Una hora sería lo más que dilató el fuego pues a los dos primeros disparos del cañón que llevábamos comenzó la fuga de los soldados de Melo dejando muertos y el General que capturamos. Luego se presentó el Coronel Martínez y me ordenó se pasara inmediatamente por las armas al dicho General, manifestándome una orden por escrito del General Juan Antonio Ortega... al registrarle las bolsas al difunto General le encontramos un reloj, una cartera con listón celeste, unas cartas y cuatro pesos en plata; todo eso se le entregó al General Ortega”.

Menciona también que *La Bandera Constitucional* del 9 de junio de 1860 transcribe el otro parte militar rendido por J. Pantaleón Domínguez que menciona cuál sería el destino de los cadáveres:

“Comandancia Militar de la Plaza de Comitán. Hasta esta fecha han ingresado a esta plaza treinta y dos hombres de los que acompañaban al Sr. General Melo... El Sr. General Melo, el alférez Peralta y dos individuos de tropa fueron muertos y hoy mismo he mandado traer sus restos para darles sepultura con los honores de ordenanza... J. Pantaleón Domínguez”.

Termina diciendo, la citada publicación, que al cabo de veinte días en que cesó la hostilidad de Ortega en la región, se pudo comprobar que Melo había sido sepultado por los indios tojolabales frente a la capilla de la ex hacienda de Juncaná, sin los honores de ordenanza previstos en el parte oficial.

Ángel Albino Corzo se refiere al general neogranadino, en su libro de memorias *Segunda reseña de sucesos ocurridos en Chiapas desde 1847 a 1867*, de la siguiente manera: “La situación en que se hallaba Oaxaca embarazó su marcha al Sr. general de Nueva -granada, D. José María Melo, que con deseos de pasar a Veracruz a donde estaba establecido el Gobierno Supremo llegó al Estado perseguido de Carrera.

“Este general, cuyo nombre tendrá que recordar su patria por los importantes servicios que prestó al hacer su independencia de la España, quiso prestar sus servicios a la causa de la libertad en México y mientras tanto estuviera interrumpida la vía del Estado vecino a aquel puerto, no rehusó aceptar el mando de la fuerza que tenía destinada en perseguir a Ortega, con cuya misión, expedicionando por la frontera fue sorprendido y fusilado en la hacienda de Juncaná en junio de 1860.”

Máximo Melo Granados fue acogido por Ángel Albino Corzo como un hijo más de su familia.

Años después, el 16 de septiembre de 1868, Máximo contrajo matrimonio con Amada Corzo Ruiz, hija de Ángel Albino y de Zaragoza Ruiz, consolidando así un vínculo familiar entre los Corzo y los descendientes de Melo que permanece hasta nuestros días.

En tres ocasiones se ha intentado exhumar el cadáver de José María Melo y Ortiz para su repatriación a Colombia. La primera ocurrió en 1940, por gestiones del entonces presidente de México, Lázaro Cárdenas, aunque existe poca información sobre aquellos trabajos.

La segunda tuvo lugar en junio de 1989, por acuerdo presidencial de Carlos Salinas de Gortari, bajo la coordinación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, con la participación de la Universidad Nacional de Colombia y el acompañamiento del Nobel de Literatura Gabriel García Márquez (Radio Nacional de Colombia. 2022, 17 de abril).

Mi tía Melanie Melo Granados Hernández, tataranieta del general, me contó que la familia fue convocada para presenciar las excavaciones; sin embargo, pese a los trabajos realizados, los restos no pudieron ser localizados (M. Melo Granados Hernández. Comunicación personal, 2021-2026)

En 2024, a solicitud del presidente de Colombia, el gobierno de México instruyó al Archivo General de la Nación y al Instituto Nacional de Antropología e Historia para emprender una nueva búsqueda, esta vez con tecnología más avanzada. Hasta ahora, los resultados han sido igualmente infructuosos.

Hace un año fui invitada por la comunidad de Juncaná y por la familia Melo a participar en la conmemoración del 165 aniversario luctuoso del prócer. Durante mucho tiempo escuché decir que el nombre de Melo se perdía lentamente en el olvido; sin embargo, al llegar a aquella localidad fronteriza descubrí algo muy distinto.

A la entrada del poblado se levanta una estatua del liberal, acompañada por las

banderas de México y Colombia. En el parque central hay un busto con una breve reseña histórica y, junto al salón de eventos, un antiguo monumento de concreto simboliza la unión entre ambos países.

Dentro del salón comunitario destaca un mural dedicado a Melo: al centro aparece el general vestido de gala militar; alrededor se integran imágenes religiosas, escenas agrícolas, soldados y representaciones de la antigua hacienda de Juncaná. El conjunto constituye un homenaje a la memoria histórica y a la identidad cultural de la comunidad.

Entre bailables, poesías y discursos, los habitantes me contaron que cada año le rinden honores y que algunos aseguran verlo cabalgar al amanecer entre los campos. A Melo le atribuyen la protección y prosperidad de la comunidad, así como el desarrollo educativo de sus jóvenes.

Los campos que rodean Juncaná hoy parecen tranquilos. En algún lugar de ese extenso valle reposan todavía los restos del antiguo soldado de Bolívar; quizá por ello su memoria permanece tan profundamente ligada a Chiapas, tierra donde encontró no sólo refugio político y el escenario final de su vida sino también el lugar donde su hijo Máximo —lo último que le quedaba tras el exilio y la guerra— pudo finalmente vivir en paz, formar una familia y echar raíces.

José María Melo y Ortiz fue soldado de Bolívar, de Santander y de Sucre en Sudamérica; y en México, soldado de Ángel Albino Corzo y de Benito Juárez. Así terminó sus días: defendiendo la causa republicana en tierras chiapanecas.



Referencias

Castro Aguilar, José Luis. *Ángel Albino Corzo. Benemérito del sureste*. México, D.F. CONECULTA-Chiapas, 2017.

Nandayapa, Mario. *Obrareunida. Ángel Albino Corzo Castillejo*, México, D.F. CONECULTA-Chiapas, 2017.

Radio Nacional de Colombia. (2022, 17 de abril). *José María Dionisio Melo, el presidente de origen pijao*. Recuperado de <https://www.radionacional.co/cultura/historia-colombiana/jose-maria-dionisio-melo-presidente-de-origen-pijao>

ARRUPE

Amín Andrés | Miceli Ruiz

Académico de Tiempo Completo de la
Facultad de Artes de la UNICACH

El sol caía espeso sobre la finca La *Ovejería*, como si también él estuviera cansado de mirar lo mismo todos los días: hombres doblados sobre la tierra, mujeres en silencio, niños que aprendían demasiado pronto a no preguntar.

Arrupe tenía dieciocho años, pero en su mirada había algo más antiguo, algo que no correspondía a su edad. Había nacido allí, igual que su padre, y el padre de su padre, y desde siempre supo que el mundo terminaba en los linderos del latifundio de Luciano Zebadúa. Más allá no había nada, o al menos eso repetían los capataces, con esa seguridad que no admite réplica.

De niño, Arrupe preguntó una vez qué había después de los cercos.

—Monte —dijo su padre.

—¿Y después?

El padre no respondió. Solo bajó la mirada, como si la pregunta fuera una falta.

Vivían en una choza de paredes de barro, donde el calor se pegaba a la piel y las noches olían a humo, sudor y resignación. El techo crujía con el viento y dejaba pasar la lluvia en temporada, pero nadie se quejaba. Quejarse era una forma de llamar la atención, y en la finca la atención siempre venía acompañada de castigo.

Su madre hablaba poco. Su padre, menos. Las palabras, allí, eran un lujo o un riesgo.

Y Eva... Eva era distinta.

Desde pequeña había aprendido a moverse sin hacer ruido, a mirar sin ser vista, a guardar dentro de sí todo aquello que no podía decir. Su belleza no era ostentosa, sino serena, como una luz contenida. Tenía la piel clara, los ojos hondos y una forma de caminar que parecía ajena al barro que pisaba.

Las otras mujeres la observaban con una mezcla de admiración y miedo. Sabían lo que significaba destacar.

Sabían lo que venía después.

Desde hacía meses, el patrón la miraba.

Luciano Zebadúa, dueño de tierras y vidas, se paseaba a caballo entre los peones como quien revisa una propiedad que respira. Su presencia imponía un silencio inmediato. Los hombres se quitaban el sombrero. Las mujeres bajaban la vista. Nadie sostenía su mirada.

Pero él sí sostenía la de Eva.

La recorría sin pudor, como si ya le perteneciera.

—Esa muchacha ya está crecida —dijo un día, sin ocultarlo, frente a varios peones—. Pronto vendrá a servirme.

Hubo un silencio espeso. Nadie respondió. Ni siquiera el padre de Arrupe.

Esa noche, en la choza, Eva no comió.

Arrupe la miró en la penumbra.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

Pero sus manos temblaban.

Los días siguientes se volvieron más largos. El tiempo adquirió una tensión invisible. Cada sonido parecía anunciar algo. Cada paso de caballo levantaba el miedo.

El padre evitaba el tema. La madre rezaba en silencio. Eva se volvió más callada aún, como si tratara de borrarse.

Arrupe empezó a observar.

Observó al patrón. Observó a los capataces. Observó la forma

en que los hombres mayores agachaban la cabeza cuando él pasaba.

Y empezó a entender.

No era solo Eva.

Era la costumbre.

Era la ley no escrita.

Era la impunidad.

Esa tarde, el aire estaba pesado. Las gallinas no cacareaban, los perros no ladraban. Incluso el viento parecía haberse detenido, como si la tierra misma presintiera.

Arrupe estaba en el corral, reparando una cerca, cuando escuchó el grito.

Fue un grito seco, quebrado, que no terminó de salir. Un grito que no pedía ayuda, sino que anunciaba una derrota. Le atravesó el cuerpo antes de llegarle al oído.

No pensó.

Corrió.

El camino a la choza se le hizo interminable y breve al mismo tiempo. Empujó la puerta con una fuerza que no sabía que tenía.

Y el mundo se quebró.

Eva estaba en el suelo. Su vestido rasgado. Su cuerpo rígido, como si ya no le perteneciera.

Y sobre ella, el patrón.

No hubo palabras.

El tiempo se detuvo en ese instante, suspendido entre la violencia y el silencio.

Cuando Arrupe reaccionó, ya todo había pasado.

El patrón se levantó con la tranquilidad de quien no teme consecuencias. Se acomodó la ropa, sacudió el polvo de sus botas.

—Aprende —dijo, mirando a Arrupe—. Así son las cosas aquí. No terminó la frase.

El primer golpe lo tomó por sorpresa.

Arrupe no recordó haber levantado el brazo. Solo sintió el impacto. Luego otro. Y otro.

Algo dentro de él se rompió.

O quizá se liberó.

El cuerpo del cacique retrocedió. Intentó defenderse, pero la furia que tenía enfrente no era la de un peón. Era otra cosa. Era la acumulación de años, de generaciones, de silencios.

No era solo rabia.

Eran siglos.

Golpeó hasta que sus manos ardieron. Hasta que la sangre — propia y ajena— le nubló la vista. Hasta que el patrón cayó y tuvo que arrastrarse fuera de la choza, cubriéndose el rostro, jadeando, incrédulo.

Nadie había hecho eso antes.

Nadie.

Eva no se movió.

Arrupe la miró, pero no supo qué hacer. No había palabras para nombrar lo ocurrido. No había gestos que repararan lo irreparable.

Afuera, el sol seguía cayendo.

Como si nada.

Pero el acto no quedó sin respuesta.

Esa misma noche, la policía montada llegó a la finca. El sonido de los cascos rompió el silencio como una sentencia.

No preguntaron. No escucharon. No miraron a Eva.

Se llevaron a Arrupe.

Lo amarraron con cuerdas ásperas, apretadas, como si temieran que aún pudiera hacer daño. Su padre no intervino. Nadie lo hizo. El miedo era más fuerte que cualquier vínculo. Eva observó desde la puerta.

No lloró.

Lo condujeron a las monterías, lejos de la vista de los demás, donde el castigo no buscaba justicia, sino escarmiento. Allí el tiempo dejó de tener forma.

Los golpes eran metódicos. Las humillaciones, precisas. No había prisa. Cada latigazo estaba pensado para enseñar, para recordar, para marcar.

No se toca al patrón.

No se desafía el orden.

No se rompe la costumbre.

Arrupe perdió la cuenta de los días. De las noches. Del dolor. Pero no perdió el recuerdo.

El grito.

El silencio.

La mirada de Eva.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó un guardia, una madrugada, mientras le arrojaba agua sobre el rostro para despertarlo.

Arrupe tardó en responder.

Le costaba hablar. Le costaba incluso pensar.

Pero algo dentro de él seguía intacto.

Pensó en Eva. En su silencio que ya no era resguardo, sino herida. Pensó en su padre, en su madre, en todos los que habían bajado la mirada durante años.

Y entonces dijo, apenas un hilo de voz:

—Porque ya no pude quedarme quieto.

El guardia rió.

Una risa corta, incrédula.

—Aquí todos se quedan quietos —respondió—. Así es como siguen vivos.

Arrupe cerró los ojos.

Tal vez tenía razón.

O tal vez no.

Porque en ese gesto —en ese golpe, en esa desobediencia— algo se había movido.

Algo mínimo.

Pero irreversible.

En la finca, días después, comenzaron los murmullos. Nadie hablaba en voz alta. Nadie señalaba. Pero todos sabían. El patrón evitó pasar frente a la choza del padre de Arrupe. Eva volvió a caminar.

Distinta.

Y en el aire, entre el polvo y el calor, quedó flotando una idea peligrosa:

el orden podía romperse.

22 de marzo 2026
Paraje, U. Hidalgo



Rogelio Magaña:

un joven prodigio chiapaneco

David Maxwell | Smith

Profesor de Tiempo Completo en la
Facultad de Música de la UNICACH

En Chiapas está emergiendo un nuevo prodigio: Rogelio Magaña. Es un joven multi-instrumentista que toca el violín, piano, guitarra, bajo eléctrico, batería, y, además, canta. Con tan solo 16 años, ha logrado interpretar todos estos instrumentos a un nivel profesional. Empezó a tomar clases de violín a los cinco años con Rie Watanabe, para después incursionar en clases de piano con Douglas Bringas a la edad de siete años. El resto de los instrumentos los ha asimilado de manera autodidacta y actualmente está tomando clases de timbales con Ervin Peña.

Rogelio Estrada Ortega, conocido como “Rogelio Magaña”, nació en Tuxtla Gutiérrez en 2009, en el seno de una familia con raíces musicales. Es un ejemplo de lo que puede lograrse con disciplina y determinación. Inició su proyección como artista independiente en 2023.

En agosto de 2025 participó con Douglas Bringas en el proyecto “Buscando a Soria”, presentado en la Facultad de Música de la Universidad Autónoma de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). En este marco, se llevó a cabo un concierto didáctico sobre la obra de Fernando Soria Cárpena, así como la presentación del libro sobre su vida y el análisis de su obra. Este texto es de la autoría de Bringas y corresponde al proyecto de investigación con el que culminó su doctorado.



Fotografía de Verónica del Rosario Ortega Robles

Soria fue un pianista de música clásica, docente y compositor chiapaneco reconocido internacionalmente en su época, aunque injustamente olvidado en los libros de historia musical.

En palabras de Magaña, “Buscando a Soria pretende difundir el extraordinario legado del maestro Fernando Soria, quien merece figurar entre los grandes maestros de la música clásica, ser conocido por su estado, y ser declarado Patrimonio Cultural de Chiapas, de México e Hispanoamérica.”

A partir de esta presentación, invitó a los maestros de la Facultad de Música de la UNICACH: Luis Navarro, contrabajista; David Maxwell Smith, saxofonista; Alexis Tovilla, baterista; así como el timbalero Ervin Peña, para que grabaran junto a él dos temas de Fernando Soria: *Más allá de la vida* y *Risa con llanto*.

Desarrollaron los arreglos en conjunto durante un mes de ensayos y, finalmente, realizaron una grabación profesional el 19 de octubre de 2025 en el estudio del ingeniero Pepe Corona.

En su estado original, las dos composiciones de Soria son hermosas, reflejando la estética de la época en que fueron concebidas, pero la grabación logró representar un concepto mucho más contemporáneo, un aliento fresco que puede acercarlo a los jóvenes chiapanecos. Son una fusión de la voz del pasado con los ritmos y géneros de una nueva generación.

Al término de la grabación, extendió la invitación a los cuatro maestros para formar parte de su proyecto artístico: “Rogelio Magaña y su Banda en Vivo”. Durante cuatro meses se desarrolló el repertorio del espectáculo, el cual exhibe la versatilidad del prodigio al interpretar distintos géneros musicales con los instrumentos que mejor domina: piano, violín, guitarra y voz. El



Fotografía de Juan José Sarmiento

repertorio abarca diversos estilos, entre ellos música clásica, jazz, rock y música popular, e incluye interpretaciones en tres idiomas: inglés, francés y español.

Al conocer mejor a los integrantes de la banda y su trayectoria artística, incorporó, como parte de la presentación, la composición de Luis Navarro, *Coita*, previamente grabada con Arturo Aquino en 2007, así como los arreglos de los *Sones 1 y 2 de la Candelaria* de Alexis Tovilla.

Los sones zoques formaron parte del proyecto de maestría de Tovilla, en el que logró fusionar la música zoque con el jazz. Estas obras fueron estrenadas en vivo en 2019 con la incorporación del carrizo y el tambor, dando paso a la invitación del maestro de carrizo zoque José Alejandro Burguete Sarmiento para integrarse y complementar el proyecto de Magaña.

El estreno del proyecto “Rogelio Magaña y su Banda en Vivo”, se llevó a cabo el 13 de marzo de 2026 en el Teatro Universitario de la UNICACH. Posterior a ello, en el mes de abril, se grabaron los temas *Coita* y los *Sones*

1 y 2 de la Candelaria en el mismo estudio de grabación del ingeniero Pepe Corona. El proyecto sigue activo, preparando conciertos en vivo y esperando la publicación de los temas grabados previamente, acompañado de imágenes escénicas de Chiapas.

Desde su lanzamiento en 2023, Rogelio Magaña ha evolucionado con mayor madurez musical y alcance público. Es un joven que representa la cultura de Chiapas e, indiscutiblemente, su talento es mucho mayor a su edad. Afirma que sus “aspiraciones apuntan a lo más alto y prolífico”. En sus presentaciones se describe a sí mismo y a su visión: “Hola, soy Rogelio Magaña. Tengo 16 años. Soy multi-instrumentista, embajador independiente del arte y la cultura, y orgullosamente chiapaneco”.

Por esto y más, el arte, la música y el ingenio en Chiapas deben reconocerse, impulsarse y recibir mayor inversión, pues existe muchísimo talento y un público ávido de consumirlo. El arte puede ser el instrumento que libere a la juventud del abismo de la destrucción, y Rogelio Magaña es un digno ejemplo de que esto es posible.



Fotografía de Juan José Sarmiento

Luz a través del color

María de la Luz | Arias Parada

Egresada de la Licenciatura en Artes Visuales de la UNICACH.



Chiapas es el estado donde nací, un lugar lleno de belleza natural, destacado por su rica flora y fauna. Es una tierra abundante en recursos, donde su clima diverso me ha formado a lo largo de mi crecimiento.

Durante mi desarrollo personal y académico, sabía que estaba hecha para algo más que memorizar ecuaciones y seguir caminos comunes. Me sentía diferente; no

encajaba en muchos lugares y, aunque eso no me preocupaba del todo, la monotonía de la formación académica me aburría profundamente; siempre era lo mismo. No sabía entonces que mi inclinación era hacia lo artístico. Desde niña dibujaba, y lo hacía muy bien, pero no era una actividad a la que me dedicara de manera constante.

He tomado muchas decisiones que me han llevado a descubrir quién soy; una de las más importantes ha sido el arte. Si bien al inicio no sabía todo lo que implicaría mi etapa universitaria, tenía algo claro: quería viajar y conocer la historia a través del arte. Así comenzó esta gran aventura de salir del país mediante un intercambio académico. Sin duda, marcó un antes y un después. Llevar mi vida en maletas e irme sola a otro país fue un reto enorme.

Cuando llegó el momento de decidir el destino, pensé en el norte del país, pero agradezco profundamente a esa fuerza interior que me impulsó a elegir un camino más complejo. Permanecer en el propio territorio también es emocionante, pero a mí me atraen los desafíos, a mayor esfuerzo, mayor satisfacción. Así fue como elegí Valencia, España.



Tengo muchas anécdotas de ese viaje, pero mi favorita siempre será haber conocido museos e iglesias que, durante los trámites previos, veía junto a mi madre en videos, soñando con estar allí. La escuela a la que ingresé fue la Universidad Politécnica de Valencia. Tuve la oportunidad de cursar varias materias, ya que mi estancia se extendió a un año: Restauración y conservación de bienes culturales, Dibujo lineal, Pintura y expresión. En todas ellas aprendí muchísimo.

La universidad es verdaderamente hermosa, como una ciudad en sí misma dedicada al crecimiento académico. Recorrer sus pasillos es como adentrarse en un laberinto: estudiantes de muchos países suben y bajan escaleras, y conversaciones en distintos idiomas acompañan el caminar por las aulas. Era, sin duda, un ambiente fascinante.

A lo largo de esta experiencia conocí personas de Italia, Francia, España y Venezuela, y me reencontré con algunos mexicanos. Al entrar por primera vez a los salones de Bellas Artes, especialmente en Dibujo, sentí que estaba en un museo: alrededor de treinta esculturas romanas servían como modelos de estudio.



Mi clase favorita fue Restauración. Aunque el curso fue introductorio, ya que mi estancia era limitada, pude aprender a elaborar distintos tipos de pintura: acrílica, óleo, acuarela, y mi favorita, el temple al huevo. Trabajábamos principalmente sobre tabla en lugar de bastidor. La imprimatura con cola de conejo era algo completamente nuevo para mí, y todo

el proceso me resultaba fascinante. También tuve la oportunidad de pintar con encáustica, una técnica que desde hacía tiempo deseaba experimentar.

La convivencia con mis compañeros fue muy fraterna y armoniosa. A pesar de haber escuchado experiencias negativas de otros, la mía fue sumamente positiva: coincidí con personas con quienes llegamos a sentirnos como familia. Italia, España y México compartiendo un mismo espacio, intercambiando comida, historias y momentos.

En lo personal, me alegró mucho convivir con un compañero italiano, ya que Italia siempre ha sido mi país soñado; la cuna del arte que anhelaba conocer, pues, mi religión es la guía para sentirme tan conectada con este bello país. Compartir su cultura y gastronomía me hizo sentir más cerca de ese sueño. Pizza, pasta, café y bebidas tradicionales formaban parte de nuestra vida cotidiana; cada platillo era una experiencia.



Durante mi estancia visité diversos museos, tanto en Valencia como en otras ciudades: Madrid, Barcelona, París, Ámsterdam, Luxemburgo, Amberes, Brujas y, especialmente, Roma y Venecia, mis destinos soñados.

Poder contemplar obras de grandes maestros en museos e iglesias fue una experiencia profundamente enriquecedora, alimentó mi visión artística de una manera única.

Recorrer las calles de Roma es respirar historia, arte y religión. Esa experiencia marcó profundamente mi vida, pues más adelante entendería mi propósito. Ver en persona aquello que antes solo conocía a través de una pantalla transformó por completo mi perspectiva.

Cuando comencé a pintar en 2021, nunca había tomado un pincel. A diferencia de muchos compañeros que ya tenían formación previa, mi acercamiento fue casi accidental. Si no hubiera sido por la pandemia, probablemente no habría experimentado con acuarela, acrílico y, posteriormente, óleo. Inicialmente solo dibujaba, y entré a la universidad con la intención de estudiar fotografía. Sentía el arte dentro de mí, pero no sabía cómo expresarlo. Hoy me considero multifacética, disfruto todas las técnicas. Pasé del blanco y negro al amor por el color.

Inicié con un gran gusto por el grabado, pero la experiencia virtual no me permitió conectar completamente con esa disciplina, puesto que me tocó cursarla durante el confinamiento. Lo retomé hasta el octavo semestre. Mi camino comenzó en el dibujo, pero más adelante decidí enfocarme en la pintura. Gran parte de mi formación fue autodidacta, especialmente durante la pandemia, un periodo difícil en el que enfrenté momentos de depresión. En ese entonces, incluso tomar un lápiz resultaba complicado. Por eso, me siento profundamente orgullosa de mi evolución: aunque pintaba poco al inicio, cada obra representaba un avance significativo.

Cuando regresamos a la universidad, me dediqué a pintar todos los días. A veces sin ánimo, a veces cansada o frustrada, pero siempre constante. Descubrí que el pincel me sostenía más que cualquier otra herramienta. Porque el camino del artista no es lineal. Hay días difíciles, pero siempre he creído en una regla: "La inspiración no existe, todo es disciplina". Incluso en mis momentos más bajos, seguía creando.

Pintar ha sido la mejor etapa de mi vida. Mi deseo de hacerlo nació al contemplar la

obra de grandes maestros como Botticelli, Tiziano, Rembrandt, Goya, Sorolla, Velázquez, Cézanne y, especialmente, Caravaggio, quien transformó mi visión. Me atrae profundamente la pincelada barroca: el uso de la luz, la fuerza expresiva y la construcción del concepto. El reto que implica cada obra es parte de lo que más me apasiona.

Durante mi estancia en Valencia, obtener buenos resultados académicos fue muy significativo. La calidad del trabajo de mis compañeros me motivaba constantemente. Muchos estaban influenciados por el impresionismo, un movimiento que también admiro, aunque mi búsqueda plástica es distinta.

Vivía cerca de la universidad, en el edificio 42 de Ciudad Jardín. Disfrutaba caminar todos los días, atravesando la avenida Blasco Ibáñez, observando el entorno y llegando con mis materiales: papeles, tablas, bastidores. Mi casa se convirtió en mi taller, y con el tiempo, mis compañeros disfrutaban verme pintar.

Romano, mi compañero italiano, y su hermano Niccola, adquirieron obras mías. Para mí es un logro muy importante tener obra en Italia, mi país soñado. Niccola trabaja en el Museo Egipcio de Turín, y saber que una parte de mí está allí es algo profundamente significativo.

Al regresar a México, enfrenté algunos obstáculos, pero entendí que eran parte del proceso. El 2024 fue un año intenso: viajé, pero también atravesé un accidente que me obligó a detenerme. Sin embargo, el 2025 fue de mucho trabajo, participé en 15 exposiciones colectivas y varias de mis obras encontraron nuevos destinos.

Una de las experiencias más importantes fue exponer en el Senado de la República, en la Ciudad de México, junto a artistas chiapanecos. Representar al sur del país fue un orgullo enorme. El arte en esta región es tan diverso como su clima, y esa exposición reafirmó el valor de nuestras raíces.

Ese mismo año fui seleccionada en el Salón de la Plástica Chiapaneca con Mención Honorífica en pintura, un reconocimiento que me impulsa a seguir creando.



Hoy entiendo que no fui yo quien eligió el arte, sino el arte quien me eligió a mí. Y, más profundamente, fue Dios quien quería formarme así, pues comencé con una idea diferente al ingresar a la carrera, y en cada etapa de mi vida muchas cosas tomaron un sentido distinto. Me siento muy feliz, porque la pintura es para hacer historia, conocer y entender el porqué de cada obra magnífica.

Irme de intercambio fue una de las mejores decisiones de mi vida, me fui siendo una persona y regresé siendo otra; con nuevas metas, nuevas perspectivas, nuevas ideas.

Actualmente desarrollo un proyecto muy importante, porque es una orden, un motivo, un sentido y, es por Él: *CDG & CIDM, Sacro Cuore di Gesù é Il Cuore immacolato di María* (Sagrado Corazón de Jesús, Inmaculado Corazón de María), una misión con un sentido profundo.

Soy pintora —trabajo con acuarela, gouache, temple al huevo, acrílico y óleo. Aprendí a realizar la elaboración de cada una de ellas—. También soy dibujante y fotógrafa; he explorado el grabado y el arte digital; además de desempeñarme como diseñadora gráfica y creadora de contenido.

Quiero que conozcan mi trabajo. Me exijo mucho y, aunque me encuentre en la peor situación emocional, sigo creando, produciendo... porque no es una opción, es una decisión.

Dicen que el arte no da de comer, pero a mí me ha permitido conocer el mundo.

Gramática parda

Carlos | Román García

Escritor, editor, bibliotecario y
archivista.

Empecé a escribir con los elementos gramaticales proveídos por los tres primeros grados de primaria como herramienta; en primero, la maestra Juanita me permitía regresar a mi casa después del recreo o me dejaba deambular solitario en los patios, pues se compadecía de mi aburrimiento en el aula, donde no podía aprender más de lo que ya había pepenado en la calle.

Antes de los cinco años descubrí la lectura de la mano de una profesora sin título, y hube de sumar y restar rápido y bien por exigencia de mi padre, escrupuloso y exigente con las cuentas de sus viáticos de chofer de torton, quien me enseñó también que la honradez era un imperativo categórico, no hipotético y que las responsabilidades evadidas cobran caro.

También restituyó Juanita el libro de lectura que mi descuido dejó en alguna portería efímera de futbol callejero, dándome a cambio otro de educación para adultos, con textos caracterizados por un lenguaje sencillo y solvente, que contenía historias bien elegidas para los lectores que rompían el virgo del analfabetismo, menos inocentes que las contenidas en el volumen extraviado.

Esos dos están entre los pocos libros que quisiera volver a tener en una biblioteca que hago cada vez menor siguiendo a Quevedo, quien aconsejaba un retiro “con pocos, pero doctos libros juntos”, además de *El alfabeto contra la diosa*, de Leonard Slain; *Más allá del deshonor*, de James M. Cain, y el *Cancionero popular mexicano*.

Segundo fue un *annus horribilis*, pues la joven maestra, muy bella, tomó contra mí una tirria inexplicable y gozaba al jalarme las patillas por faltas que no había cometido. La miopía no diagnosticada me hacía difícil leer lo escrito en el pizarrón y la mentora tomaba a burla mis errores, pues sabía de mi habilidad para descifrar el alfabeto y comprender el significado de sus signos; quizá a ella le deba mi inclinación al sarcasmo y mi afición a los dichos de quienes lo practican.

Los primeros anteojos que tuve me fueron proveídos por el gobierno mexicano a los siete u ocho años; tras un sencillo examen de la vista asistí a una consulta con un oftalmólogo apellidado Saldívar, como el zurdo Vicente, cuyo gancho al hígado era letal, cuyo consultorio estaba en Plaza de la República No. 8. Receta en mano fui de la mano de mi madre a una óptica de la calle de Guatemala 10, cerca de la Catedral.

Cambió mi manera de ver el mundo. Usar o no los anteojos permite tener por lo menos cuatro puntos de vista, cinco, si como a veces uso anteojos bifocales que además de corregir la miopía y el astigmatismo, también contrastan la presbicia. Lo que vemos del mundo se filtra a través de muchos anteojos. Los enteógenos y otras drogas, incluida la meditación que altera el grado y calidad de la consciencia, permiten otras visiones. El mundo que se percibe depende, como dijo Campoamor, de[!] color / del cristal con que se mira.

Tercero fue de pachanga para todos, porque el profesor lo era de educación física, así que ochenta por ciento de las clases se iba en calistenia y juegos de pelota y el resto en pocas lecciones de lengua nacional y aritmética. Ante mi escasa habilidad deportiva y mi renuencia a participar en los bailables, me fueron asignados el cuidado de los balones, la conducción de las ceremonias y la recitación en los días de efemérides patrióticas.

Mi primer contacto con la poesía de Amado Nervo fue la memorización de aquellos versos de, “como renuevos cuyos aliños el viento helado marchita en flor / así murieron los héroes niños, bajo las balas del invasor”. Eso y la lectura posterior de varios libros sobre la invasión norteamericana de 1846-1848, preminentemente *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, junto con la animadversión manifiesta de mi padre por el idioma inglés, me hizo ostentar cierta postura antiimperialista, menguada por mi renuncia a cualquier nacionalismo y por la noticia, leída en un libro de Schopenhauer, de que Carlos Marx opinó que lo mejor que pudo haberle sucedido a México tras ese conflicto habría sido el dominio absoluto de su territorio, lo que hubiera acelerado su desarrollo capitalista y sacado del atraso a un país rico, pero aletargado por la herencia del imperio español, los atavismos de la población indígena y la religión católica.

Poco fue lo que los ciclos educativos posteriores añadieron al gusto por la lectura adquirido en la educación básica y quizá un poco antes: la pasión de la maestra Mercedes por el *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, que en segundo de secundaria nos hizo leer por capítulos, a manera de radio o telenovela, y luego la revelación del *Libro de arena*, de Jorge Luis Borges, hecha por Carmen, quien enseñaba literatura en la Escuela Nacional de Maestros y, siendo militante del Partido Comunista, no compartía los prejuicios de su grey contra el autor y autodidacta argentino.

Fue más lo que aprendí en el consultorio de mi patrón el otorrinolaringólogo y oftalmólogo Renato de la Mora, donde había una biblioteca formada con una mitad de libros de medicina y la otra diversa, con literatura —recuerdo especialmente la primera edición de *Tomóchic*, de Heriberto Frías, con pastas duras verdes y títulos dorados—, historia —con la decena de tomos de la *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*, con imágenes de

los hermanos Casasola—, geografía e incluso un par de libros alemanes de principios del siglo XX, con rubias desnudas en poses propias del expresionismo.

Había además revistas: *Siempre*, *Revista de América*, *Sucesos*, *Política*, *Selecciones del Reader Digest*, *Contenido e Impacto*, que releía varias veces, especialmente los epigramas de Pancho Liguori, las Citas citables, la sección de “Por mi madre, bohemios”, de Monsiváis o las columnas de Manuel Marcué Pardiñas, Renato Leduc, Francisco Martínez de la Vega, Jacobo Zabłudowski o el Güero José Ramón Garmabella.

El doctor editaba sus propias publicaciones y, además de hacerme cumplir tareas como llevar el papel o las pruebas de galera a la imprenta, me animó a escribir, cosa que ya había hecho perpetrando algunas rimas a partir de cuarto de primaria, año en que la novel maestra Lilia despertó en mí de manera confusa, y de forma clara en mis compañeros mayores, que los había de 13 o 14 años en ese salón, emociones alejadas de la suma de fracciones, de los volcanes y las montañas de Sudamérica o del uso de la g y la j.

En mi fugaz paso por la preparatoria fui exentando de asistir a la clase de historia, pues descubrí la abismal ignorancia del profesor, que no sabía los nombres de los meses del calendario revolucionario francés: brumario, mesidor, termidor, pluvioso, germinal... que yo le recité delante de la clase ante su estupefacción. A cambio de un módico pago, presentaba exámenes extraordinarios en nombre de otros, lo que hubiera sido razón suficiente para que me expulsaran de la escuela, acto innecesario porque terminé desertando.

De ahí viene posiblemente mi facilidad para servir como negro o *ghost writer*; creo que plasmar por escrito las ideas o las intenciones de otros que se declaran incompetentes o inhabilitados para hacerlo por sí mismos contribuye a que su pensamiento no se estanque y se beneficie con una comunicación clara que sólo requiere un acuerdo discreto. También he escrito a cuatro o a seis manos con eficacia, cuando mis pares han ostentado habilidades y conocimientos suficientes como para soltar las plumas al unísono.

En esa época aprendí a tocar, mal, la guitarra y otros instrumentos propios de la música andina o los boleros; opté por Robespierre y Stalin frente a Danton y Trosky, a quienes juzgaba como blandengues y pequeñoburgueses, y conduje con Ariel González un cine club que nos enfrentó con los porros, El Muerto, El Huesos y El Oaxaco, por el uso del auditorio de la preparatoria 7, “Ezequiel A. Chávez”.

Cuando ganamos el pleito quisimos celebrar exhibiendo *Cuando pasan las cigüeñas* de Mijaíl Kalatózov, así que el

camarada Ariel instruyó al camarada Volodia a ir a la embajada de la URSS en Tacubaya para traer las latas con los rollos de cinta. Cuando regresó traía *Lenin en octubre* de Mikhail Romm y Dmitri Vasilyev, con el argumento de que en esta había arenga y la otra era una historia de amor cuasi burguesa. Fue nuestra última proyección.

Merced a la invitación de Vicente Quirarte, años después impartí una conferencia en la Biblioteca Nacional respecto del archivo de este personaje, sobre quien hube de aprender más allá de la circunstancia de haber sido alumno fracasado de una institución con su nombre.

En los patios del plantel de Calzada de La Viga competí contra El Muerto en una disputa de contar chistes, que duró de las 12 a las siete de la noche, tiempo en el que fuimos alentados y alimentados por nuestros fanáticos con quesadillas de chicharrón prensado, tortas y boing de guayaba y mango, ya oscureciendo salieron unas chelas disfrazadas y un toque.

Las hermanas Martha y Marcela, una rubia bajita y la otra alta morena, las muchachas más hermosas de la prepa, me buscaban para que les recitara versos, para escuchar viniles de Rod Stewart o para que les dictara la tarea de español, de historia o de etimologías. Ellas fumaban, usaban minifalda, hablaban inglés y eran las mejores alumnas de su salón.

Pipo, un alcohólico veinteañero que huía de su familia burguesa para esconderse en el rumbo de Boturini y La Viga, nos convidaba las cervezas Victoria en El Túnel, una tienda de abarrotes a la entrada de una vecindad de dos patios. Andaba bajo el brazo discos de la Deutsche Grammophon que hacía sonar en la consola de alguna vecina como música de fondo para leernos pasajes de Nietzsche o de Valle Inclán.

El nihilista borracho tenía una vaga licenciatura en filosofía y cada cierto número de días llegaban a buscarlo y se lo llevaban en carros de lujo, pero luego regresaba limpio y rasurado, con dinero suficiente para paquetes de Alas extra y cartones de cerveza, libros de obsequio y otros discos para reponer a aquellos que le recibían a cambio de una caguama o unos sopes cuando agotaba su estipendio.

Descreía el Diógenes de Boturini de la escuela, un poco a lo *Walden*, de Thoreau o a lo *Emilio*, de Rousseau y en verdad puedo decir que en el ágora del patio de la vecindad su enseñanza era más libre y completa que la que había en los salones, donde profesores aburridos y fastidiados de lidiar con adolescentes repletos de insolencia, hormonas y acné, repetían letanías o dejaban tareas —costumbre odiosa y antipedagógica— y lecturas que ellos mismos no habían hecho.

En la Normal, la profesora Clementina, de didáctica, nos dio a leer *El fracaso de la escuela*, de John Holt, cuyos argumentos han sido capitales para defender mi aversión a los mesabancos, sobre todo la idea de convertir a las instituciones educadoras en una fuente de aprendizaje libre e independiente, que cualquier persona de la comunidad, de la edad que fuere, podría utilizar en la medida que quisiera. Otro libro de cabecera, por cuando enmienda o secunda mis asuntos, es *El derecho a la pereza* de Paul Lafarge.

En el viejo plantel de calzada México-Tacuba y avenida de Los Maestros, Lilia y Ramiro, profesores de teatro, ambos simpatizantes o militantes del Partido Comunista —a punto de la extinción— y del grupo de stalinistas ilustrados en torno de la revista *Estrategia*, me hicieron interesarme por su arte y conocer *La ópera de los tres centavos*, de Brecht; *La muerte accidental de un anarquista*, de Darío Fo; *El gesticulador*, de Rodolfo Usigli, y la adaptación del *Diario de un loco*, de Nikolái Gógol, representada por Carlos Ancira.

Mi compadre y cuñado Alfonso Herrera sí fue un exitoso director teatral en los cursos normalistas y puso un par de obras festejadas por su economía de medios y su eficacia estética; fuimos además compañero de trío junto con Agustín el *Ojitos*, un hijo de mariachi con oído absoluto que era capaz de repetir el requinto de cualquier bolero con sólo escucharlo una vez, sin haber recibido educación musical formal, aunque siendo apto para leer partituras como su padre y otros músicos populares jaliscienses.

Mi amor por el teatro fue breve, aunque ambos maestros militantes me alentaban a actuar e íntimamente siento que les debo hacerlo siquiera una vez. He pensado hacer un monólogo compuesto por fragmentos de textos que equivaldrían a la cronología literaria de mi vida, de los *Cantos profanos* de José Ignacio Ruiz de Francisco, a *Doulos Oukóon*, de José Manuel Briceño Guerrero; de la *Oda I*, de fray Luis de León, al *Relato de Sergio Stepansky*, de León de Greiff; de la *Suave Patria*, de López Velarde, a *Nocturno de San Idelfonso*, de Octavio Paz; de *El profesor y la sirena*, de Lampedusa, a *Historia del nombre y de la fundación de México*, de Gutiérrez Tibón. Hay lugar para *Bajo el sol jaguar*, de Italo Calvino, *El loco del zar*, de Jaan Kross, y *La leyenda del santo bebedor*, de Joseph Roth.

Una vez soñé que veía puesta en escena *La tempestad*, de Shakespeare, traducida al tsotsil, en la plaza de Zinacantán, tal como aquellas *Bodas de sangre* de García Lorca que vertieron al chontal y pusieron en escena en pleno campo tabasqueño y en muchos escenarios formales del mundo. No es imposible que suceda, como no lo fue juntar, después de siglos de separación, a jóvenes zinacantecos y chamulas para hacer y escuchar juntos rock and roll en su lengua, en aquel *Batsi'fest* que armamos con Damián Martínez y Enrique Pérez López.

El azar y la necesidad, que José Vasconcelos postuló como los fundamentos de la existencia humana, me hicieron lector consuetudinario, corrector (deficiente), escritor, editor, bibliotecario, archivista y librero sin título de farmacia, con conocimientos adquiridos de bienes libres, hoy democráticamente al alcance de cualquiera en el *Aleph* borgiano de Internet. Ahora no hay pretexto para tener a mano, a un clic de distancia, un infinito número de libros y de recursos interactivos para disfrutar de la música, las artes plásticas, la danza y lo que tercie en artes y ciencias. Falta reducir la llamada brecha digital, pero cualquiera puede tomar su propia formación en sus manos y practicar el que debería ser el principal objetivo de la escuela: transmitir la noción de aprender a aprender.



Los muchos libros

Gustavo Ángel | Alfaro Hernández

Estudiante del 7° semestre de
Psicología en la UNICACH

[...] Declaran los infieles que si ardiera, ardería la historia. Se equivocan. Las vigiliass humanas engendraron los infinitos libros. Si de todos no quedara uno solo, volverían a engendrar cada hoja y cada línea [...].

Alejandría, 641 A.D. de J. L. Borges

Los libros: pilar, fuente, origen de la historia. Vivacidad que brota del lenguaje de los hombres. Cimiento de las historias que se han inventado. Son mito, construcción de la cultura y de la historia. Son muchos —y pocos los que se han de leer—; son tantos que incluso se esconden en los rincones de las casas. Los encuentras en las salas, en los comedores, en las habitaciones, sirviendo de almohada y, hasta en el baño, por si no hay papel.

Los hay de diferentes títulos, para gustos variados, diversos colores, texturas y tamaños. Y han sido incluso una especie de plaga, contaminan el poco uso de razón de cualquier ciudadano promedio que, cumpliendo con sus obligaciones laborales, familiares y personales, se encuentra al borde de tropezar con alguno que despierte su interés, uno que lo deje marcado y agrietado.

Por eso, alguna vez, en un mundo no muy lejano, existieron quienes decidieron echarlos al fuego, quemarlos por considerarlos un peligro, por creer que arrebataban la felicidad de los hombres. Se castigaba incluso a quien conservara alguno. Porque, si los libros quedan al alcance de su contagio, uno encontrará que la casa ha sido tomada.

El presente trabajo invita a reflexionar sobre los libros. Particularmente sobre los de segunda mano, la “second hand”. Hace quizá dos años, y más o menos por la temporada decembrina (ahora escribo en febrero), caminaba por las calles frías de San Cristóbal de Las Casas. Por cierto, hace algún tiempo conocí una excelente abreviación e incluso un tanto *rockstar* de Sancris, la encontré como *Sxbal*.

En aquel entonces, tenía diecinueve años, y ufano por encontrarme solitario por allá, decidí buscar libros. Recorría librerías y cafeterías, una tras otra, hasta encontrarlos a buen precio, al igual que el café ideal. Fue entonces que me encontré con la librería *La Troje*, cuyo espacio era de al menos... cinco metros de ancho y diez de largo; y no es chiste o algo parecido, el lugar es en realidad pequeño, pero, eso sí, muy acogedor, con al menos cuatro estantes del lado izquierdo, dos a la derecha, uno enfrente, y hasta al fondo, una biblioteca de libros de consulta. Cierta vez me contaron que por ahí se encuentra la tesis del Sub-Marcos, pero... sepa la bola.

Curiosamente he ido a dicho lugar cinco o seis veces más. Y quizá por la alta demanda de especialistas en sociología, antropología, literatos y uno que otro filósofo, han aumentado los precios. No obstante, una de las grandes obras que pude conseguir en dicho lugar por una ganga (veinte pesos) fue *Las penas del Joven Werther* de Goethe; fue una de mis primeras lecturas. Agradecí, al instante, a la vendedora, me compré un cigarro de manzanilla, una taza de café más, y la ansiedad fue imparable.

Hoy en día, sigo recorriendo las calles de *Sxbal*, tratando de meditar, frenéticamente, mi condición humana. Fue hasta principios de este año en que decidí no comprar más libros, fue un golpe a mi obsesivo carácter (llámese neurosis). Pues mi psicoanalista me había dicho que —haciendo referencia a mi salud— hay cosas que uno debe procurar la atención, una de ellas puede ser la familia, el descanso, el estudio, o bien, la salud. Fue un golpe bajo, terrible, que me llevó a escribir el presente texto y, sobre todo, a recordar aquel pasaje que dice: *hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! Golpes como del odio de Dios.*

La vida sigue siendo tan enigmática y sorprendente que, a veces, refugiarse en los libros es una gran elección... pero otras veces no. Hay momentos en los que la vida exige algo más: hay que jugársela, atreverse, arriesgarse.



Tecnología, vocación y propósito

El camino hacia una educación sin fronteras

Daniela | Mena Dávila

Egresada de la Licenciatura en Lenguas Internacionales de la UNICACH



En mi opinión, aprender un idioma es descubrir nuevas formas de pensar, de sentir y de entender el mundo. La historia de mi formación académica con la tecnología y el aprendizaje no comenzó frente a un monitor, sino dentro del aula: primero como estudiante del Programa Infantil Chiapaneco (**PICHI-CELE UNICACH**) y, posteriormente, como egresada de la Licenciatura en Lenguas Internacionales de la UNICACH.

Durante mi etapa universitaria, cursé la mayor parte de mis estudios en el aprendizaje de idiomas de forma presencial: participando en dinámicas grupales, realizando exposiciones orales, practicando conversaciones cara a cara

y enfrentando los sentimientos naturales al hablar en otro idioma. Esos espacios físicos fueron fundamentales para construir mi seguridad, mi pensamiento crítico y mi identidad profesional.

Sin embargo, también observé las dificultades de mis compañeros y compañeras para asistir a clases: compromisos personales, distancia de sus domicilios, falta de motivación, entre otros. Veía talentos perderse por falta de flexibilidad, comodidad. Fue entonces cuando comencé a preguntarme, ¿Qué podemos hacer para que el aprendizaje sea más accesible sin perder la calidad educativa? ¿Cómo podemos acompañar en procesos educativos más cómodos y flexibles en entornos digitales? Esas interrogantes se convirtieron en propósito, ¡mi propósito!.

Lo que empezó como una ligera idea, derivó en un insospechado proyecto a corto plazo. Trabajar en ello me ha entusiasmado mucho, no ha sido fácil, pero he disfrutado bastante el proceso, cada paso que he dado, cada meta alcanzada. ¿El resultado? **LearningwithMena.**



Con mi método educativo digital **LearningwithMena**, la distancia dejó de ser una barrera y se convirtió en oportunidad. No surgió sólo como una idea de emprendimiento, sino como una respuesta ante una necesidad real: estudiantes hispanohablantes que desean aprender inglés pero requieren flexibilidad, acompañamiento personalizado y un espacio seguro para desarrollar confianza.

A través de **LearnignwithMena**, he tenido la oportunidad de trabajar con alumnos

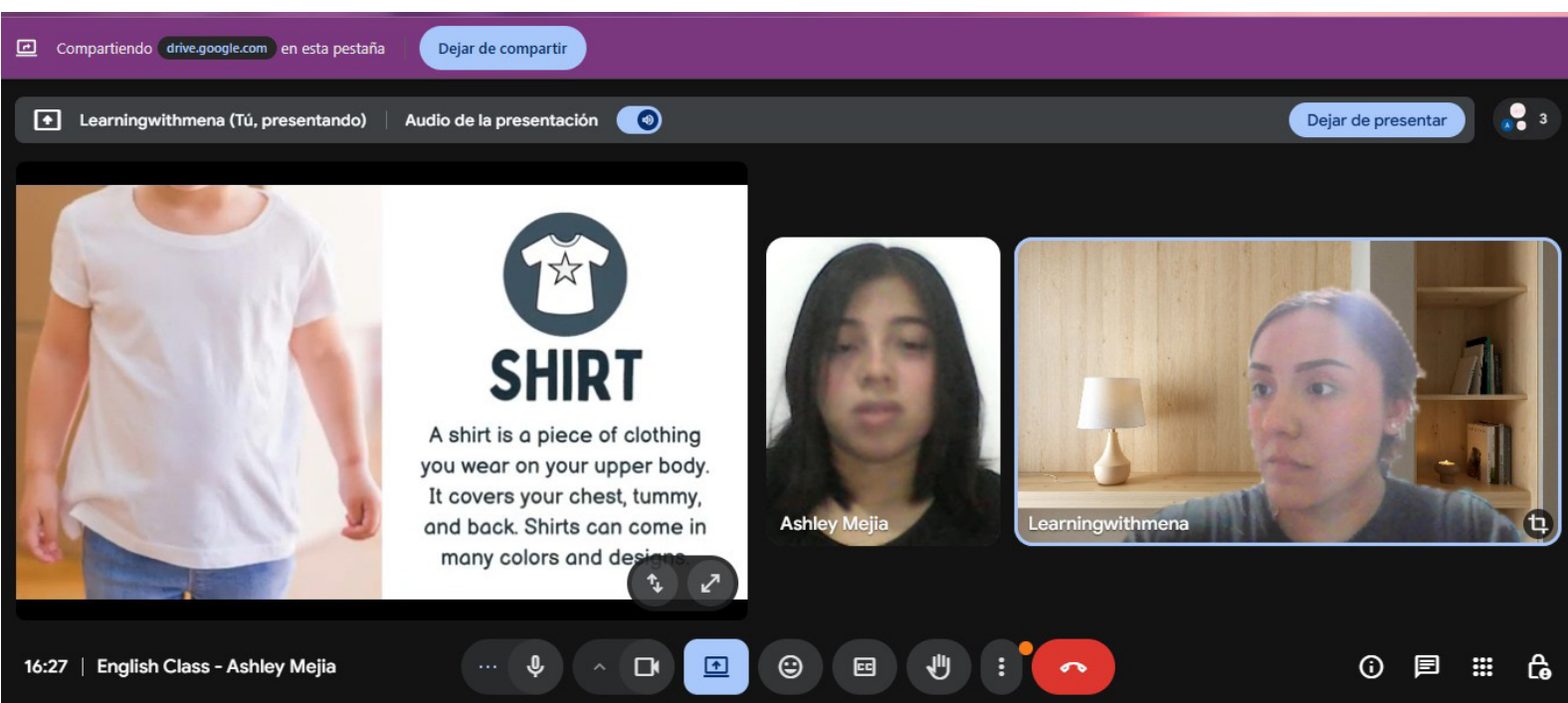
que se conectan desde diferentes ciudades e, incluso, desde distintos países. Personas que estudian desde su jornada laboral, universitarios que necesitan el idioma para crecer profesionalmente y, viajeros que desean comunicarse con el mundo.

Cada clase virtual significa algo más que contenido académico: representa disciplina, sueños, metas y crecimiento personal. He sido testigo de cómo estudiantes que al inicio temían hablar en inglés, hoy participan con seguridad en su entorno. He visto cómo

la tecnología, cuando se usa con intención pedagógica, puede convertirse en un puente que conecta aspiraciones con resultados reales.

Mi formación académica me dio bases sólidas, pero, también despertó en mí una visión novedosa, entendí que la tecnología no debe verse como una amenaza para la educación tradicional, sino como una herramienta potenciadora o extensión de ella. Un recurso capaz de amplificar nuestro alcance, diversificar estrategias y personalizar experiencias, es decir, aprovechar al máximo

el crecimiento digital con soluciones inteligentes. Al comenzar a integrar herramientas digitales en mis clases descubrí algo poderoso: la virtualidad bien aplicada, transforma y aumenta el aprendizaje. Las plataformas digitales me permitieron adaptar contenidos, crear materiales interactivos, grabar sesiones para reforzar temas y, sobre todo, acompañar de manera más cercana los procesos individuales de cada estudiante; puesto que, cada uno de ellos, posee diferentes necesidades: niveles, horarios, objetivos, comprensión del idioma y ritmo de aprendizaje.



Mi experiencia práctica en el emprendimiento educativo digital me llevó a profundizar académicamente en el tema; actualmente redacto mi trabajo final de titulación, con la tesis denominada: **“La personalización como estrategia en el emprendimiento educativo digital: un modelo innovador para la enseñanza del inglés como lengua extranjera en estudiantes hispanohablantes”**.

Esta investigación surge de mi experiencia como docente y emprendedora. He comprobado que cada estudiante aprende de manera distinta: algunos necesitan mayor apoyo visual, otros más práctica oral; algunos avanzan rápido en comprensión escrita, pero requieren acompañamiento en pronunciación. Considero que la personalización no es un lujo pedagógico, es una necesidad en la era digital.

Mi modelo propone que el emprendimiento educativo digital no debe centrarse únicamente en escalar el número de alumnos, sino en diseñar experiencias adaptadas a perfiles específicos. Esto implica diagnóstico inicial, seguimiento constante, adaptación de recursos y una relación cercana docente-estudiante, incluso en entornos virtuales.

La tecnología facilita esta personalización, ya que permite monitorear avances, diversificar materiales y ajustar estrategias en tiempo real. Pero lo verdaderamente innovador no es la herramienta, sino la intención pedagógica detrás de ella. Si algo he aprendido en este proceso es que, la educación sigue siendo profundamente humana, aun en contextos digitales. Detrás de cada pantalla hay una historia, un sueño, un reto personal.

La tecnología no reemplaza la vocación, la potencia.

Como egresada de la Licenciatura en Lenguas Internacionales de la UNICACH, me siento orgullosa de haber transformado mis conocimientos en un proyecto que trasciende fronteras. Hoy puedo acompañar el proceso de aprendizaje de muchas personas sin importar la ubicación geográfica, adaptándome a los ritmos de vida actuales, y ofreciendo oportunidades reales de crecimiento. El camino me ha demostrado que innovar no significa abandonar lo tradicional, sino resignificarlo. Significa tomar las bases sólidas de nuestra formación profesional y proyectarlas hacia los demás. Porque cuando la tecnología se encuentra con la vocación, el aprendizaje deja de tener límites.



